

JUAN CARLOS CARVAJAL BLANCO

RAFAEL SANTOS BARBA

**HISTORIA, CARISMA,
ESPIRITUALIDAD
DE LA
OBRA MISIONAL PONTIFICIA
DE LA SANTA INFANCIA**



**Editado por
Secretariado Internacional
Obra Pontificia de la Santa Infancia**



JUAN CARLOS CARVAJAL BLANCO

RAFAEL SANTOS BARBA

**HISTORIA, CARISMA,
ESPIRITUALIDAD
DE LA
OBRA MISIONAL PONTIFICIA
DE LA SANTA INFANCIA**

**Editado por
Secretariado Internacional
Obra Pontificia de la Santa Infancia**



Juan Carlos Carvajal Blanco - Rafael Santos Barba
HISTORIA, CARISMA, ESPIRITUALIDAD
de la OBRA MISIONAL PONTIFICIA
de la SANTA INFANCIA

© Secretariado Internacional
Obra Pontificia de la Santa Infancia
Via di Propaganda 1/c
00187 Roma
e-mail: vati176@poim.va

Cubierta

Primer premio del concurso organizado por el Gobierno de la República de la India dirigido a los alumnos sordos.
Helen Keller Home, Kollapuram, Diócesis de Kumbakonam, India

Todos los derechos reservados

Terminado de imprimir en el mes de enero 2022

ÍNDICE

Presentación	3
--------------------	---

I.- FUNDACIÓN DE LA OBRA DE LA SANTA

INFANCIA.....	7
1.- Contextualización.....	7
2.- El camino hacia la fundación	8
2.1.- Un clima de efervescencia misionera	8
2.2.- El fundador	9
3.- Fundación y definición de la Obra	13
4.- La relación con las otras OMP	20
4.1.- Los Papas, las OMP y la Santa Infancia	20
4.2.- Articulación de la Santa Infancia dentro de las OMP.....	21
4.3.- La Infancia Misionera y las otras Obras	23

II.- CARISMA DE LA SANTA INFANCIA O INFANCIA

MISIONERA.....	27
1.- Obra con carisma.....	27
2.- Bajo el patrocinio y la ejemplaridad del Niño Jesús ..	30
2.1.- “El adorable niño de dos naturalezas”	30
2.2.- “Devolver a la Infancia sus derechos despreciados y añadir privilegios”	34
a.- “De los que son como niños es el reino de Dios” (Mc 10,14b).....	36
b.- “Acoge al que me ha enviado” (Mc 9,37).....	38
c.- “Sus ángeles están viendo siempre el rostro de mi Padre celestial” (Mt 18,10).....	42
d.- “Un niño pequeño los guiará...” (Is 11,6)	45
e.- “...y estaba sujeto a ellos” (Lc 2,51).....	48

III.- ESPIRITUALIDAD DE LA SANTA INFANCIA O	
INFANCIA MISIONERA.....	53
1.- “El Bautismo sobre todo...”	53
1.1.- Misión de bautismo y de educación cristiana	53
1.2.- La salvación y el carácter integral	
de la evangelización	57
2.- El Bautismo, un don para la Obra	
de la Santa Infancia	60
2.1.- Catecumenado bautismal y catequesis	
de inspiración catecumenal	61
2.2.- Discípulos misioneros.....	63
3.- La contribución a la misión de los niños	
y adolescentes de Infancia Misionera.....	65
3.1.- La oración	67
3.2.- La limosna	69
3.3.- El estilo de vida cristiano.....	70
4.- La infancia espiritual, espiritualidad propia	
de los animadores de la Infancia misionera	73
4.1.- Llamados a caminar por las sendas	
de la infancia espiritual	73
4.2.- Algunos elementos de la infancia espiritual	76
Conclusión	81
Autores	83

Presentación

“Infancia Misionera, es decir, aquellos niños y jóvenes -son muchos, en varios países del mundo- que se comprometen a rezar y ofrecer sus ahorros para que el Evangelio sea anunciado a quienes no lo conocen”.¹

La Obra de la Santa Infancia o Infancia y Adolescencia Misionera es una de las cuatro Obras Misionales Pontificias y probablemente la más difundida y conocida.

La profundización de sus orígenes, su carisma, don del Espíritu Santo a Mons. Charles de Forbin-Janson, y su espiritualidad nos ayudan a comprender mejor el contenido educativo de esta Obra, su papel en la misión evangelizadora de la Iglesia y su actualidad, hoy, casi 180 años después de su fundación y 100 años después del título de Pontificia.

Conocer para apreciarla más y actualizarla en cada contexto.

Es una Obra para los niños, con niños y de los niños que recuerda a la Iglesia lo que es y lo que debe ser según su vocación e identidad, es en cierto modo su conciencia.

La especificidad de la Obra de la Santa Infancia es la de hacer discípulos de Jesús, tema siempre actual y fin último de toda vida cristiana.

Este texto del profesor Juan Carlos Carvajal y de Rafael Santos Barba, rico en análisis histórico y reflexión teológica, presenta la amplitud y profundidad de la Obra, como Obra

¹ Papa Francisco, Angelus 6 enero 2022

evangelizadora, destacando también su aspecto profético al referirse a la Santa Infancia de Jesús, el Hijo de Dios, que se ha hecho niño.

Jesús, el enviado del Padre, es el centro de la Obra. Su pequeñez es un ejemplo a imitar.

En las referencias al Fundador y a sus escritos hay que tener en cuenta el lenguaje y el pensamiento de entonces y su contexto. No podemos juzgar con el lenguaje de hoy.

Por ejemplo, cuando hablamos de la eficacia y necesidad del bautismo para la salvación y por tanto de la necesidad y preocupación de liberar/redimir del pecado al mayor número de personas y niños a través del sacramento. El término rescate es ahora obsoleto en el ámbito eclesial, pero su contenido aún debe ser motivo de interés para nosotros, como lo era para el arzobispo Charles de Forbin-Janson, preocupado porque muchos niños, que morían sin recibir el bautismo, no habrían podido gozar de la redención operada por Jesucristo.

De ahí el uso del término infieles con respecto a todos aquellos que no fueron bautizados. No debe entenderse de manera despectiva, sino con un sentimiento de interés precisamente por la salvación del otro.

Una clarificación sobre "la Escuela de Jesús" a la que se refiere el texto. Es una tradición en la Obra de la Santa Infancia. Es un itinerario presentado hace unos veinte años por el Secretariado Internacional de la Obra y utilizado en muchos países, con las necesarias adaptaciones a los contextos y al paso del tiempo, para la formación y animación de grupos de niños y adolescentes misioneros y animadores. Es un camino que sigue la pedagogía de Jesús con sus discípulos.

Espero que estas páginas os permitan disfrutar de la frescura de la Obra de la Santa Infancia y del compromiso que ofrece no sólo a los niños y adolescentes, sino a todos los adultos que directa o indirectamente están implicados en ella.

Sr Roberta Tremarelli AMSS
Secretario General
Pontificia Obra Santa Infancia

I.- FUNDACIÓN DE LA OBRA DE LA SANTA INFANCIA

1.- Contextualización

La que hoy conocemos como Obra de la Infancia Misionera, o por su nombre original de Obra de la Santa Infancia, es, según la fecha de su fundación (19-V-1843), la segunda de las Obras Misionales Pontificias. Ser una de esas Obras supone formar parte de esa “red mundial de oración y caridad misionera del Sucesor de Pedro”², con unos rasgos particulares que le dan personalidad propia: ella se dirige a los niños y les proporciona la experiencia de que ser cristianos es vivir de manera activa y efectiva la misión de la Iglesia; que es un tomar parte en el dar y recibir de la misión³, en la vida de comunión de las Iglesias en la Iglesia (es decir, vivir la catolicidad). En concreto, esta Obra hace operante su lema original, “Los niños ayudan a los niños”, que conviene entender, de una forma más precisa, como “Los niños evangelizan a los niños”.

Resulta conveniente situar la Infancia Misionera en el marco general de las Obras Misionales Pontificias para comprender su trascendencia histórica en la Iglesia y, desde la Iglesia, en el mundo. Esta Obra es, en sentido estricto, la

² FRANCISCO, *Carta al Presidente de las OMP con ocasión de la Asamblea General de los Directores Nacionales de las Obras Misionales Pontificias* (29-V-2019).

³ Cf. JUAN PABLO II, *Carta encíclica Redemptoris Missio* (7-XII-1990) 85.

primera iniciativa mundial en favor de la infancia, adelantándose en más de ochenta años a la primera declaración de derechos del niño (Declaración de Ginebra, 1924) y en más de un siglo a la creación de Unicef (1946). Pero Infancia Misionera no solo es “levadura” evangélica por su carácter pionero; también lo es por su carácter único, más bien insólito. Desde su fundación, los niños no son espectadores, son protagonistas. No son destinatarios, son agentes de la misión. Esto manifiesta una visión no restrictiva de la promoción humana, ya que la Obra busca, desde el Evangelio, promover el desarrollo *integral* de todos los pequeños del mundo. Impresiona ver que tantos niños —con un sinnúmero de necesidades— no solo son atendidos gracias a la movilización misionera de otros niños y niñas, sino que ellos mismos se convierten en actores de la misión.

2.- El camino hacia la fundación

2.1.- Un clima de efervescencia misionera

El contexto histórico y social de la fundación de esta Obra es el de la Francia posterior a la Revolución de 1789-1799. Es precisamente en esta época de ambiente antirreligioso y anticlerical cuando el Espíritu hace florecer diversos carismas, entre ellos varios específicamente centrados en la misión. Los propios misioneros franceses, a través de las comunicaciones con su país natal, informaban de las dramáticas situaciones con que se encontraban, los cuales

afrontaban con unos medios inversamente proporcionales a su fe. Sus llamadas de auxilio crearon un clima que alimentó el deseo de ayudar a la misión “desde la retaguardia” y que tuvo como sello la inspiración que recibió la venerable Paulina Jaricot para poner en marcha la Obra de la Propagación de la Fe (fundada en 1822), primera de las cuatro Obras Misionales Pontificias. Fue a ella a quien el Espíritu manifestó el carisma esencial de participar en la misión universal mediante la oración y la caridad. Las otras Obras expresarán esta inspiración de modos particulares y complementarios.

2.2.- El fundador

Participe de esta efervescencia misionera y animador de la misma fue el obispo de Nancy, Mons. de Forbin-Janson⁴. Segundo hijo de una familia de la alta nobleza francesa, Charles de Forbin-Janson nació en París en noviembre de 1785. Cuatro años después, la Revolución francesa obligó a sus padres al exilio en Alemania; lo cual le llevó a experimentar lo que es la persecución y la inseguridad en su propia infancia, y

⁴ Seguimos de cerca la breve reseña biográfica publicada en CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS – OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS (2019), *Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo. Mes Misionero Extraordinario. Octubre 2019*, Milán, San Paolo, 228-231. La primera nota biográfica sobre él fue escrita por su sucesor en la sede de Nancy: MONS. MENJAUD (1846), “Notice sur Mgr de Forbin-Janson Évêque de Nancy et de Toul, Primat de Lorraine”, *Annales* 1, 4-21. Para un mayor conocimiento, remitimos a su biografía, cf. PAUL LESOURD (1944), *Un grand cœur missionnaire, Monseigneur de Forbin-Janson 1785-1844*, Paris, Ernest Flammarion.

le permitió mantener siempre una particular sintonía con los niños, especialmente con los más pobres y desheredados⁵.

Después de regresar a París y recibir la primera comunión, el adolescente Forbin-Janson reveló una gran sensibilidad caritativa al inscribirse en una asociación que ayudaba a los más desfavorecidos en las cárceles y hospitales. En la capilla del Seminario de Misiones Extranjeras de París, donde tenían lugar las reuniones, pudo escuchar noticias sobre la misión en China. Así, de un modo sencillo, la misión fue abriéndose espacio en su corazón. Charles tenía por delante una carrera prometedora, ya que Napoleón lo había nombrado supervisor del Consejo de Estado. Sin embargo, el dolor por la descristianización de su país, la falta de sacerdotes y la inadaptación de estos a los retos de su tiempo le hicieron sentir la llamada de Dios al sacerdocio. En 1808 entra en el Seminario de San Sulpicio, en París. Allí, junto con un grupo de compañeros, amasa la idea de ir a China. En 1811 es ordenado sacerdote y, después de unos destinos iniciales, pronto regresa a París, donde se ocupa con alegría de la formación cristiana de los niños de su parroquia⁶.

Desea servir al Señor allí donde le llame. Duda entre ir a China o quedarse en Francia para colaborar en su evangelización. Con la intención de hacer este discernimiento, se entrevista con el papa Pío VII, quien le orienta a quedarse en su país. Colabora fervientemente con la “Obra de las misiones para el interior de Francia”, que es aprobada (9-I-1815) con el fin de revitalizar la fe de su nación. En este periodo destaca por su ardor apostólico y elocuencia, así como por su amor y

⁵ Cf. LESOURD, 9-18.

⁶ Cf. LESOURD, 18-23.

generosidad. Sorprende cómo, en sus expediciones apostólicas, comparte sus bienes con los pobres. En este tiempo, su cercanía a las misiones extranjeras se mantiene hasta el punto de ceder una propiedad en el Mont Valèrien, próximo a París, para que sea lugar de descanso y retiro para misioneros y de promoción de la devoción a la Santa Cruz para el pueblo. Esta fase termina con su partida a Tierra Santa en 1817, en donde visita los Santos Lugares y realiza alguna que otra actividad misionera⁷.

En 1824 Charles de Forbin-Janson es consagrado obispo de Nancy y Toul, en el noreste de Francia. Convencido de que la misión al interior de Francia estaba íntimamente unida a las misiones extranjeras, mantiene un contacto muy cercano con los misioneros que le escriben y piden ayuda. Él mismo alberga la idea de ser misionero en China. Cuando en 1830, y por motivos políticos causados por una nueva revolución, fue obligado a abandonar su diócesis, vio la oportunidad de cumplir su sueño. Entonces se dirigió al Papa para pedirle que lo enviara al Extremo Oriente. Sin embargo, aunque Pío VIII asintió a su petición, su deseo no pudo ser llevado a término. Ante la imposibilidad de entrar en su diócesis y de poder cumplir su sueño, el obispo de Nancy se entrega —en palabras de su biógrafo— a una “elocuente y ardorosa actividad apostólica”⁸.

Mons. de Forbin-Janson tiene fama de predicador apasionado; también es conocido por los obispos misioneros, quienes saben de su disposición para responder a la llamada de la misión. La ocasión se presenta cuando los obispos de

⁷ Cf. LESOURD, 24-45.

⁸ Cf. LESOURD, 47-165. La expresión es del título del capítulo IV, donde se reseña el periodo 1830-1839.

América del Norte le llaman para predicar en sus tierras. Allí su actividad apostólica es fabulosa. En poco más de dos años (1839-1841), recorre gran parte de Estados Unidos y Canadá, participa en el concilio regional de Baltimore, predica las “misiones populares” en las muchas ciudades a las que es llamado, promueve lugares de formación para el clero, por medio de intérpretes siembra la semilla del Evangelio entre las tribus nómadas, en Nueva York promueve la construcción de una iglesia para los católicos de lengua francesa... Esta actividad frenética agotará su salud, lo cual le pasará factura a los pocos años. Mientras tanto, aumenta su deseo de crear una fundación en favor de las misiones⁹.

Tras su regreso a Francia, en los primeros meses de 1842, Mons. de Forbin-Janson visita la Santa Sede para informar de su viaje misionero al papa Gregorio XVI —quien lo pondera extraordinariamente— y para tratar de su retorno a la diócesis de Nancy. Las circunstancias políticas no parecían propicias para que esto fuera posible. Esta situación fue determinante para que un viejo proyecto pudiera hacerse realidad. En su mente y en su corazón seguía resonando la rogativa que, en carta del 16 de octubre de 1837, el P. Mouly, lazarista, superior de la misión de Pekin, había escrito. Tras dar noticias sobre los muchos niños —y, especialmente, niñas— de China que morían abandonados o asesinados, sin siquiera poder recibir el bautismo, con estas palabras expresaba su deseo:

“¡Oh!, espero que un día la Providencia tendrá piedad de estas pobres criaturas y que les procurará un corazón

⁹ Cf. LESOURD, 166-206. También, MENJAUD, 13-16.

tierno y paternal en otro Vicente de Paúl. Si en Europa se ha compadecido de los expósitos, también se compadecerá un día de los de China: este es uno de mis deseos más fervientes”¹⁰.

3.- Fundación y definición de la Obra

Con estas preocupaciones y de retorno a Francia, en el verano de 1842, Mons. Forbin-Janson pasa por Lyon para entrevistarse con Pauline Jaricot, con quien mantenía relación desde que esta, veinte años antes, fundara la Obra de la Propagación de la Fe. Así, además de cumplir con las gestiones prometidas a los obispos americanos ante el Consejo Central de la Obra, en diálogo con Pauline, su proyecto empieza a tomar forma. El siguiente texto del propio Mons. de Forbin-Janson puede sintetizar el contenido fundamental de aquella entrevista:

“Librar de la muerte a una multitud de niños nacidos de padres infieles, que el capricho o la miseria, las supersticiones y la barbarie más repugnante y desnaturalizada destruyen por centenas de miles, sea en

¹⁰ Parte de la carta, incluida la rogativa, es transcrita por el propio Mons. de Forbin-Janson; cf. MONS. FORBIN-JANSON (1844), “Noticia del Ilustre Señor de Forbin-Janson sobre la obra de la Santa Infancia”, en: CONSEJO CENTRAL DE LA SANTA INFANCIA (1906), *Manual de la Santa Infancia que contiene los principales documentos relativos a su institución a su organización y a los favores espirituales con que está enriquecida. Destinado especialmente para los Directores y Celadores de la Obra*, París, Oficinas del Consejo Central, 118-119. En la nota de la página 119, cita la referencia de dicha carta: *Anales de la Congregación de la Misión*. París, 1838. Cf. LESOURD, 207-221.

las aguas de los ríos y los abismos del mar, sea devorados por perros y puercos; sobre todo abrir, por el bautismo, las puertas del cielo al mayor número posible de éstas pobres criaturas, privadas al nacer del amor paternal; preparar un medio seguro y eficaz para regenerar las naciones idólatras, dando una educación cristiana a los que se pueda librar de la muerte, y más tarde hacer de estos niños rescatados instrumentos de salvación, como Maestros y Maestras de escuela, Médicos y Comadronas, Catequistas, y aun Sacerdotes y Misioneros indígenas, tal es la idea que preocupa al Obispo de Nancy hace muchos años, la idea que juzga debería ser fecunda, digna de ser propuesta a la caridad católica”¹¹.

La intención que le guía a proyectar la nueva obra es la de interesar a los niños de Europa por la suerte de los niños chinos y promover su colaboración para su rescate a través de un doble gesto: la recitación diaria del Ave María, seguida de una jaculatoria, y la ofrenda de una monedilla al mes; a lo que se une un espíritu de mortificación por el bien de aquellos niños. Esta obra la concebía con un carácter integral; no solo buscaba rescatar de la muerte a los niños de padres infieles para procurarles unas condiciones de vida aceptables, sino que tenía como fin formarles humana y cristianamente, en una serie de centros, para que llegaran a ser esos nuevos Moisés que, rescatados de las aguas, fueran los liberadores y evangelizadores de sus propios pueblos. En resumen, se trataba de crear una Propagación “infantil” de la Fe. Paulina Jaricot

¹¹ FORBIN-JANSON (1844), 109-110.

alentó este propósito y facilitó que cristalizara el proyecto del obispo de Nancy. A partir de esta conversación, Mons. de Forbin-Janson se entusiasma con la idea y, hasta el final de sus días, dedicará todos sus esfuerzos y bienes para que esta obra misionera llegara a ser una realidad¹².

Antes de ponerse en marcha, y en cumplimiento de la promesa hecha en su viaje a América, realiza, ante la corte inglesa, algunas gestiones en favor de los deportados en Canadá y Australia, con el fin de facilitar el retorno a su país.

La Obra de la “*Santa Infancia*” —en referencia a la infancia de Jesús— es fundada el 19 de mayo de 1843. En esa fecha, el obispo de Nancy reúne el primer Comité, formado por grandes personalidades eclesiásticas y sociales, con el encargo de respaldar con su fama y autoridad la nueva Obra. Para que la iniciativa se extendiera, la promovió entre el episcopado francés y viajó a Bélgica, donde recibió el apoyo de los reyes y del nuncio Mons. Gioacchino Pecci, futuro papa León XIII.

Desde un principio, la Obra de la Santa Infancia fue bien recibida; sin embargo, pronto encontró dificultades a la hora de que los obispos franceses la promovieran en su diócesis. Estaba el temor de que esta nueva Obra rivalizara y debilitara la de la Propagación de la Fe, que tan buenos frutos estaba proporcionando. Ante estos obstáculos, el 8 de diciembre de 1843 Mons. de Forbin-Janson envía una carta circular a los Vicarios apostólicos de los países de misión, en la que les expone los fines de la Obra y la organización con la que cuenta en ese momento. La Providencia hizo que, tras la

¹² Cf. LESOURD, 221-227. También, MENJAUD, 13-16.

muerte de su fundador, unos meses después, la extraordinaria acogida de esta misiva impulsara la consolidación de la Obra¹³.

Pronto se percató el obispo de Nancy de que, para que la Obra de la Santa Infancia pudiera desarrollarse y llegara a cumplir la misión para la que había sido pensada, debía ponerse en evidencia su carácter auxiliar y complementario con la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe. Intentando eliminar los recelos, Mons. de Forbin-Janson escribe una larga nota a los Consejos de la Propagación de la Fe de Lyon y de París, en la que, contra cualquier espíritu de competencia, expresa su deseo de que la Santa Infancia sea reconocida como la sección infantil de la Obra madre, una Obra auxiliar que permanecería a ella subordinada¹⁴.

La intención que guiaba a la Santa Infancia era la de sumar nuevos esfuerzos de caridad a los que ya se venían realizando en favor de la misión, esta vez provenientes de los niños. Crear un “fondo especial y distinto” para rescatar y atender, de modo permanente, a esos niños damnificados que escapaban a la Obra general¹⁵. Establecer casas de formación en las que se cuidara de ellos y se les educara cristianamente; casas que, a su vez, se convirtieran en puntos de llegada y partida de misioneros, y ámbitos donde se prepararan para una misión más adaptada a los diversos territorios¹⁶. Y, por último, que fuera cantera de nuevos suscriptores y de vocaciones misioneras que enriquecieran la Obra de la Propagación de la

¹³ Cf. LESOURD, 227-240.

¹⁴ Cf. LESOURD, 240-250.

¹⁵ Cf. FORBIN-JANSON (1844), 124-125.

¹⁶ Cf. FORBIN-JANSON (1844), 121-124.

Fe¹⁷. La propuesta no halló la acogida esperada. Desde ese instante, la Obra de la Santa Infancia inicia su propia andadura, aunque siempre con un espíritu de colaboración con la Obra fuente de su inspiración¹⁸.

Al poco tiempo, la Santa Infancia avanza a pasos de gigante. Esto es lo que parece desprenderse de una especie de balance que, el 23 de diciembre de 1843, Mons. de Forbin-Janson envía a los asociados¹⁹: los obispos empiezan a acogerla favorablemente; incluso los no creyentes la reconocen como “un poderoso medio de civilización”; también se extiende fuera de las fronteras francesas; innumerables familias suscriben a sus hijos desde el bautismo; suscita asimismo el interés entre las familias protestantes... Los efectos positivos de la Obra no solo se hacen sentir en las tierras de misión; también contribuye a elevar el espíritu de piedad y sacrificio en las sociedades cristianas. El 13 de marzo de 1844 se envían los primeros fondos a China, de los cuales se benefician 11 vicariatos apostólicos. Pocos meses después, el 19 de mayo, en carta del cardenal Fransonì, Prefecto de Propaganda Fide, la Santa Sede aprueba el principio de la nueva Obra y su valiosa colaboración en las misiones; sin embargo, indica alguna dificultad respecto a la concurrencia con la Obra de la Propagación de la Fe²⁰.

¹⁷ Cf. FORBIN-JANSON (1844), 129.

¹⁸ Pocos años después y una vez fallecido su fundador, el órgano oficial de la Obra señala las semejanzas, a la vez que las diferencias, que mantiene con la Obra de la Propagación de la Fe. También manifiesta el espíritu de colaboración que debe reinar entre ambas Obras. El texto aparece sin firma bajo el título: “Coup d’œil sur l’œuvre de la Saint-Enfance”, en *Annales* 1 (1846), 21-65.

¹⁹ Cf. LESOURD, 254-272.

²⁰ Cf. LESOURD, 275-277.

Para mostrar la necesidad e importancia de la Obra y organizar su funcionamiento, cuatro meses antes de su muerte, el obispo de Nancy anuncia la creación —que tendrá lugar en 1846— de los *Anales de la Obra de la Santa Infancia*. Esta publicación periódica también la concibió como un sistema de “intercambio de correspondencia” entre los niños cristianos y sus hermanos de tierras de misión. A lo largo de los años, los informes de los Vicarios de dichos territorios sobre las obras emprendidas con los donativos recibidos, así como el testimonio cristiano de los niños rescatados, que incluso llegaban a dar su vida por testimoniar su fe en Cristo, supusieron un gran estímulo para el crecimiento de la Obra.

Mons. Charles de Forbin-Janson murió cerca de Marsella en julio de 1844, cuando la Santa Infancia apenas contaba con un año y medio de vida. No pudo cumplir su sueño de viajar a China, una vez puesta en marcha su Obra, ni tampoco llegó a ver las expediciones de las religiosas que, a partir de 1847, y en línea con otra intuición suya, cuidarían maternalmente de los niños más desfavorecidos de las misiones.

Fallecido su fundador —el que la impulsaba y avalaba—, la Obra de la Santa Infancia pasa por un periodo de incertidumbre²¹. A pesar de su difusión, su organización burocrática y administrativa está en sus inicios; no se encuentra un obispo que sustituya a Mons. de Forbin-Janson en la presidencia; todavía es víctima de malentendidos y recelos...; incluso, Roma, más allá de una valoración positiva de su inspiración, no ha hecho un acto explícito de reconocimiento.

²¹ Cf. sin firma: “Coup d’œil sur l’œuvre de la Saint-Enfance”, en *Annales* 1 (1846), 36-42.

Sin embargo, las subscripciones aumentan considerablemente, los Vicarios apostólicos demandan su ayuda y los Superiores de las congregaciones misioneras muestran interés por ella. Parece que, a través de las dificultades, la Providencia empuja para que la Obra siga adelante y pueda llevar a cabo sus fines. A los pocos meses, el arzobispo de Calcedonia, Mons. Pierre-Dominique-Marcellin Bonamie, SS.CC., asume la presidencia de la Obra. La recibe, cumpliendo la promesa que hiciera, antes de su muerte, al obispo de Nancy y sabedor de que las dificultades que el cardenal Prefecto de la Congregación de Propaganda Fide había manifestado a aquel eran de orden administrativo y circunstanciales²². Los primeros frutos de la Obra y la manifiesta complementariedad y colaboración de esta con la de la Propagación de la Fe fueron suficientes para allanar definitivamente su camino²³.

²² *Circular del Arzobispo de Calcedonia, presidente de la Obra de la Santa Infancia a los Asociados de la obra* (Mayo 1845)

<https://books.google.es/books?id=RJKoK2ZJg1EC&pg=PA1&lpg=PA1&q=l%27archev%C3%AAque+de+calc%C3%A9doine,+sainte-enfance&source=bl&ots=yIlbhrPyif&sig=ACfU3U3svTU0CD71YLiJWs4XqkNLcrGvQ&hl=es&sa=X&ved=2ahUKEwiVlrOSprbrAhWQmBQKHT3FAvkQ6AEwAHoECAEQAAQ#v=onepage&q=l'archev%C3%AAque%20de%20calc%C3%A9doine%2C%20sainte-enfance&f=false>

²³ Cf. sin firma: “Coup d’œil sur l’œuvre de la Saint-Enfance”, en *Annales* 1 (1846), 43-65.

4.- La relación con las otras OMP

4.1.- Los Papas, las OMP y la Santa Infancia

El entonces Papa, Gregorio XVI, alentó así a Mons. de Forbin-Janson en su empeño de poner en marcha la Santa Infancia: “Continúe fundando la Obra. Verdaderamente es obra de Dios. Tiene nuestra bendición”. Estas palabras anticipan muchas otras con que los sucesivos pontífices han apoyado y recomendado esta iniciativa, que Pío IX aprobó y elevó a la categoría de las instituciones canónicas por el breve *Quum Aetate Qualibet* (18-VII-1846). Este documento hace notar que, lejos de cualquier competencia con la Obra de la Propagación de la Fe, esta de los niños resulta ser una preparación y ayuda de aquella:

“Por lo mismo que enciende en el corazón de los niños la primera chispita de la caridad y les penetra de los verdaderos sentimientos de una misericordiosa compasión, los inflama y los anima de tal manera a procurar la salvación de las almas y a propagar la luz de la verdadera religión, que estos niños quedarán naturalmente preparados en una edad más avanzada para encariñarse con mayor afecto con la pía Obra de la Propagación de la Fe”.

Benedicto XV recomendó la Obra en los números 99-100 de su carta apostólica *Maximum Illud*, la “carta magna” de las misiones modernas (1919), y en ello insistió Pío XI, en el número 60 de *Rerum Ecclesiae* (1926). Cuatro años antes de la publicación de esta encíclica, el mismo “Papa de las Misiones”

había reconocido a la Santa Infancia como Obra “Pontificia”, junto con la de la Propagación de la Fe y la de San Pedro Apóstol; lo hizo mediante el Motu Proprio *Romanorum Pontificum*, de 3-V-1922. Por último, fue Pío XII quien instituyó, con carácter universal, la celebración de una Jornada anual de la Santa Infancia, mediante la carta *Praeses Consilii*, de 4-XII-1950.

De las múltiples palabras elogiosas sobre la Obra o dirigidas a ella por parte de los sucesivos pontífices, mencionamos solo, por la sencillez y cercanía de su enfoque, unas de san Juan Pablo II con ocasión del Año Internacional del Niño. El Papa se refirió entonces a la Santa Infancia o Infancia Misionera como “una verdadera red de solidaridades humanas y espirituales entre los niños de los antiguos y de los nuevos continentes”²⁴.

4.2.- Articulación de la Santa Infancia dentro de las OMP

Resulta interesante observar los ya señalados titubeos iniciales para identificar el lugar que específicamente debía ocupar la Santa Infancia en relación con la Propagación de la Fe. Y es muy necesario contemplar la iniciativa carismática que está en el origen de la Obra de los niños para entender que finalmente se advirtiera que no se trataba de una especie de “rama infantil” de la Propagación de la Fe (por más que esta fuera algo así como su “hermana mayor”), sino una Obra con

²⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje a los responsables de la Obra Pontificia de la Infancia Misionera con ocasión del Año internacional del niño* (10-IV-1979).

unas características propias que hacían necesario individualizarla.

Pío XI ofrece ya una formulación clara del lugar de la Santa Infancia dentro de las Obras Misionales Pontificias. En la ya citada *Rerum Ecclesiae* se lee:

“Asidas como de la mano de la Obra de la Propagación de la Fe, vienen otras dos Obras, a saber: la de la Santa Infancia y la de San Pedro Apóstol, que, por ser pontificias, deben ser ayudadas con donativos y limosnas preferentemente a todas las demás asociaciones de fines particulares. La primera, como es muy sabido, tiene por fin hacer que nuestros niños se acostumbren a cooperar, por medio de sus cuotas, sobre todo a la salvación y educación cristiana de los niños paganos, arrancados, gracias a ellos, de la muerte o del abandono” (nn. 54-55).

Poco más adelante, recomendándolas, se refiere a esas dos Obras diciendo de ellas que “con razón se llaman complementarias de la otra más principal” (n. 60; cf. n. 48), es decir, de la Propagación de la Fe, de la cual serían auxiliares.

Este proceso de clarificación hizo que el Pontífice publicara por fin el Motu Proprio *Decessor Noster* (24-VI-1929), “normas conforme a las cuales se coordinen entre sí las Obras Misionales Pontificias, pero sin fundirse en un todo homogéneo, pues creemos que cada una de ellas conserve sus derechos y sus estatutos y se desarrolle según sus fines propios”. Pasado el tiempo, y para la Obra que nos ocupa, el punto de referencia sería el “Reglamento de la Obra Pontificia

de la Santa Infancia”, aprobado el 7 de junio de 1950 (París, 1951).

En 1951, cuando aún no se había calificado a la entonces llamada Unión Misional del Clero como cuarta Obra “Pontificia” (lo que ocurrió por decreto de Pío XII de 28-X-1956, aunque ya se había coordinado oficialmente con las tres primeras Obras desde 1937), el papa Pío XII habla de ella “como un manantial del cual salen las corrientes que riegan los florecientes campos de las demás Obras Misionales Pontificias, a saber: de la Propagación de la Fe, de San Pedro Apóstol para el clero indígena y de la Santa Infancia” (*Evangelii Praecones*, 67). Más tarde, en 1966, san Pablo VI, citando un significativo pasaje de *Ad gentes* (n. 38) sobre la prioridad de las Obras Misionales Pontificias en la animación y cooperación misionera, dice de la Pontificia Unión Misional (nueva denominación de la cuarta Obra) que “no solo es confirmada públicamente como instrumento oficial de la Sede Apostólica para ‘infundir en los católicos desde los primeros años un espíritu verdaderamente universal y misionero’, sino, sobre todo, ha de considerarse como el alma de las otras Obras Misionales Pontificias” (*Graves et Increscentes*, 21), lo que evidentemente atañe, en la parte que le corresponde, a la Obra de la Infancia Misionera.

4.3.- La Infancia Misionera y las otras Obras

Esta articulación de las cuatro Obras Misionales manifiesta la necesidad de hacer operativa y funcional, en aras de la única misión, la diversidad de aspectos que derivan de las

iniciativas carismáticas que laten en cada una de ellas. En este sentido, resulta interesante ver brevemente el “lugar” de la Santa Infancia en la progresiva aparición de las Obras.

La participación de todos los fieles en la misión universal, facilitada a través de la cooperación material y espiritual gracias a la Propagación de la Fe (fundada en 1822), deja abierta la puerta a una tarea educativa de lo que luego vivirá el adulto: es el recién citado aspecto de acompañamiento de la niñez en el “espíritu verdaderamente universal y misionero”, una pedagogía de la que se encargará la Santa Infancia (fundada en 1843). Esta Obra no solo atenderá a la formación de los niños de las antiguas cristiandades, sino a la de los recién incorporados a la Iglesia en los territorios de misión. Por ello, asumirá también la tarea de fomento de las vocaciones nativas, señalando un ámbito del que luego se ocupará específicamente la Obra de San Pedro Apóstol (fundada en 1889). Por último, la Pontificia Unión Misional (fundada en 1916), dedicada a la “formación de los formadores” misioneros, tiene una palabra importante que decir respecto a los medios de los que puede valerse la Infancia Misionera, tanto los orientados directamente a los niños, como los encaminados a la preparación teológica y catequética adecuada (y “adecuada” implica “misionera”) de sus agentes de pastoral.

Junto a esta visión “histórica”, interesa resaltar la “actualidad” del engarce de las Obras. Para ello es de gran ayuda la visión de conjunto que ofrece el número 4 de la Instrucción *Cooperatio Missionalis* (1-X-1998), de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, cuya lectura ayuda a situar la Infancia Misionera en el conjunto de

las Obras Misionales Pontificias. Mencionaremos solo que, al sintetizar la finalidad de cada Obra, se dice de la Infancia Misionera que es “para ayudar a los educadores a despertar poco a poco en los niños la conciencia misionera; para animarlos a compartir su fe y sus bienes materiales con sus coetáneos de las regiones y de las Iglesias más necesitadas; y para promover las vocaciones misioneras desde la más tierna edad”.

El *Estatuto de las Obras Misionales Pontificias* (6-V-2005), publicado asimismo por la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, dicasterio romano del que ellas dependen, es el punto de referencia actualmente vigente. Es indispensable, por tanto, remitir a él, de manera específica al número 13d de la Parte I, y los artículos 13-18 de la Parte II, dedicados estos a la Infancia Misionera (nombrada por las siglas POSI). Destacamos solo el papel que se atribuye a esta Obra para conseguir impregnar de sentido misionero toda la pastoral de infancia (y por ende, la pastoral familiar y general): “La POSI ha de integrarse siempre en la pastoral de conjunto para la educación cristiana, a la cual aporta la dimensión misionera” (art. 14). Y también, unas palabras que ayudan a situar en las concretas circunstancias de nuestro mundo de hoy la inspiración original de fundamentar la Obra en la Santa Infancia del Señor: “Los niños son animados a ofrecer a los otros niños del mundo su ayuda en forma de oración, de sacrificios, de donativos, estimulándoles a descubrir en ellos el rostro mismo de Jesús” (art. 15).

II.- CARISMA DE LA SANTA INFANCIA O INFANCIA MISIONERA

1.- Obra con carisma

Como toda obra que nace en el seno de la Iglesia, la Santa Infancia tiene un carácter coyuntural: surgió en un contexto de efervescencia misionera y como respuesta al destino desgraciado de los niños de China. Sin embargo, dicha Obra, alumbrada por Mons. de Forbin-Janson y nacida en la trama gratuita del Pueblo de Dios, resultó ser un don del Espíritu, como en cierto modo reconoce el título de “Pontificia” que el Sucesor de Pedro le otorgó²⁵. De este modo, su vigencia en el tiempo no se hallará en lo que tenía de circunstancial, sino en “la iniciativa carismática”²⁶ que le dio origen. Este carisma, que —podría decirse— la historia ha confirmado, es el que la ha hecho capaz de regenerarse constantemente para responder a los retos a los que la misión de la Iglesia se ha ido enfrentando.

Así pues, si se desea que la Obra de la Santa Infancia o de Infancia Misionera siga siendo una Obra que cumpla su misión propia en el conjunto de las Obras Pontificias, es preciso detectar, dentro del carisma común, su carisma

²⁵ Cf. FRANCISCO, *Mensaje a las Obras Misionales Pontificias* (21-V-2020).

²⁶ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, *Estatuto de las Obras Misionales Pontificias* (2005), Parte I, Historia y doctrina, n. 10. En el n. 5 de la Parte II, Normas, el *Estatuto* insiste en que las OMP han nacido de “particulares iniciativas carismáticas”.

específico; aquel don del Espíritu que la identifica entre sus hermanas y la permite hacer su contribución particular en la misión que comparte con las otras Obras.

En efecto, a las Obras Misionales Pontificias las reúne un tronco carismático común, que tiene su origen en la Propagación de la Fe. Esta primera Obra, fundada por la venerable Paulina Jaricot, está alentada por un carisma misionero que le fue propio; sin embargo, este carisma troncal ha sido compartido por las Obras que vinieron después. Dicho carisma misionero halló una expresión muy sencilla: todos los miembros del Pueblo de Dios que caminaba en las Iglesias de antigua cristiandad podían colaborar, a través de la oración y de la caridad que se concretaba en forma de limosna, con la actividad de los misioneros en lejanas tierras. Tal fue la perspectiva católica de esta Obra y la gran acogida que tuvo entre los cristianos de toda clase y nación, que pronto la Santa Sede la reconoció como un verdadero “instrumento de servicio a la Iglesia, dentro del ministerio universal desempeñado por el Papa y por la Iglesia de Roma, que ‘preside en la caridad’”²⁷. Más arriba hemos visto cómo la Obra de la Santa Infancia nace alentada por este carisma misionero universal; sin embargo, y no sin dificultades, pronto se fue caracterizando por un impulso carismático propio que, ya desde sus orígenes, la hizo distinguirse de la que vino a ser su hermana mayor.

Con todo, puestos a la tarea, no resulta fácil determinar el carisma de la Santa Infancia. Muchas veces puede confundirse con los modos particulares de la organización (distribución de grupos, colectas, campañas...); otras, con su

²⁷ Cf. FRANCISCO, *Mensaje a las Obras Misionales Pontificias* (21-V-2020).

aporte funcional al conjunto de las Obras (formación misionera de los niños, cantera de vocaciones...). Sin duda, estos elementos son expresión del carisma y, en un primer momento, el medio de identificarla. Sin embargo, el carisma, en cuanto gracia del Espíritu, es aquello que permanece en el tiempo como fuente inagotable capaz de revitalizar esas expresiones y, desde su raíz, renovarlas para dar una respuesta creativa a los nuevos desafíos de la misión²⁸.

En efecto, el carisma es un don del Espíritu, y el Espíritu es la Persona divina que Cristo resucitado envía desde la gloria del Padre para dar testimonio suyo (cf. Jn 15,26)²⁹. Siempre que el Espíritu —a través de un fundador o grupo fundacional— suscita y bendice con su gracia una obra eclesial, lo que busca es actualizar una dimensión particular del misterio salvífico de Cristo en favor de la Iglesia y del mundo. Por tanto, es apuntando a este misterio como podemos discernir el carisma propio de la Obra de la Santa Infancia o Infancia Misionera. Y es discerniendo el modo concreto en que el Espíritu hace presente a Cristo en esta Obra fundada por Mons. de Forbin-Janson como podremos reconocerla en toda su valía, acceder a su fuente de renovación y encontrar la vocación particular a la que está llamada a responder para hacer su singular aportación en la misión de la Iglesia.

²⁸ Para una primera aproximación, cf. PONTIFICIUM OPUS A SANCTA INFANTIA (2008), *Infancia Misionera. Historia y carisma* (texto: María Teresa Crescini), Roma, POSI.

²⁹ Cf. LUIS F. LADARIA (2013), *Jesús y el Espíritu: la unción*, Burgos, Monte Carmelo, en especial las páginas 80-86.

2.- Bajo el patrocinio y la ejemplaridad del Niño Jesús

El Reglamento de la Obra, al hablar del patronazgo de la misma, reza las siguientes palabras: “La *Obra* de la *Santa Infancia* está puesta bajo la advocación del Niño Jesús”³⁰. Esta sola indicación nos orienta en la búsqueda del carisma propio con el que el Espíritu ha investido la Obra fundada por Mons. de Forbin-Janson.

2.1.- “El adorable niño de dos naturalezas”

En la mente de su fundador, la Santa Infancia se rige bajo una idea que se puede formular en los siguientes términos: “Los niños ayudan a los niños”. Es decir, los niños cristianos se compadecen de sus semejantes de lejanas tierras paganas y, con sus pobres medios, colaboran en su rescate y en su evangelización. Pero, a su vez, estos niños rescatados y bautizados, con su itinerario cristiano e incluso con el propio martirio, estimulan en la fe y en la misionalidad a sus hermanos de Europa y América. Aquí radica la novedad: la obra gira en torno a la infancia. Una infancia que ha sido protegida y reintegrada en sus derechos por el cristianismo, y una infancia que, como en el antiguo paganismo, sigue siendo maltratada y abandonada allí donde no ha llegado el Evangelio de paz y

³⁰ CONSEJO CENTRAL DE LA SANTA INFANCIA (1906), *Manual de la Santa Infancia...*, 1. Cf. RAFAEL SANTOS BARBA (2017), “Actualidad de Infancia Misionera”: *Misiones Extranjeras* 281, 677-678.

amor³¹. ¿En dónde radica este trato desigual? Mons. de Forbin-Janson lo cifra en la encarnación del Hijo de Dios:

“Tal era, pues, después de tantos siglos la suerte de la Infancia en las sociedades paganas, cuando nació en Belén el adorable niño de dos naturalezas, Hijo de Dios é Hijo del hombre, Niño de *mansedumbre y benignidad* encantadoras”³².

El Hijo de Dios, al encarnarse en el seno de la Virgen María por obra y gracia del Espíritu Santo, se ha hecho uno de nosotros, semejante en todo menos en el pecado. Y con su encarnación ha asumido todo lo que es nuestro: nada de nuestra vida le es extraño, no está ausente de las circunstancias por donde pasamos, tampoco le son ajenas nuestras edades, incluida la infancia. Mons. de Forbin-Janson lo subraya: “Su naciente humanidad parecía ya consagrar la primera edad de la vida, haciendo amable á la Infancia y cubriéndola con el dulce reflejo de su propia gloria”³³. El Hijo de Dios se ha hecho niño y —parafraseando al Concilio Vaticano II— podemos decir que, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo niño³⁴. Desde ese instante, su propia gloria irradia su “dulce reflejo” sobre todos los niños que vienen al mundo. Todos ellos reclaman ser reconocidos en su dignidad, no solo por ser criaturas de Dios, sino porque en cierto modo, portan la gloria del Hijo de Dios. Más aún, todos los niños pueden vivir un espíritu de santidad, porque, al hacerse uno de ellos, el Hijo de

³¹ Cf. FORBIN-JANSON (1844), 110-112.

³² FORBIN-JANSON (1844), 112.

³³ *Ibidem*.

³⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* Gaudium et Spes (7-XII-1965), 22b.

Dios ha “consagrado la primera edad de la vida”. Esto, que es desconocido para los que ignoran a Cristo, lo conocen bien aquellos que han recibido el Evangelio y han hecho de él su luz y guía.

Profundicemos en este misterio para comprender el alcance de la Obra de la Santa Infancia. Jesús, el hijo de María, es, desde el mismo instante de su encarnación, el Hijo de Dios. Sin embargo, es a los doce años cuando desvela lo que desde un inicio presentía en su conciencia. La ocasión se presenta en la peregrinación anual de su familia a Jerusalén con motivo de la Pascua. Jesús no regresa con sus padres, permanece en el Templo dialogando con los maestros de la Ley. María le recrimina su poca delicadeza. Y es entonces cuando Jesús revela la relación que le constituye: “¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?” (cf. Lc 2,41-50).

A los doce años, pues, Jesús revela su misterio filial: Él es el hijo de María y está bajo el patrocinio de José; pero, en realidad, es el Hijo de Dios, a quien con toda ternura y confianza llama “Abbá, Padre”. Este hecho es el que explica la importancia del número doce en la Obra de Santa Infancia. Al principio, los niños podían ser miembros de la Asociación “desde el día de su bautismo hasta el final de su año duodécimo, en memoria de Jesús Niño adolescente”³⁵. También en memoria de los doce años del Niño Jesús, se

³⁵ OBRA PONTIFICIA DE LA SANTA INFANCIA (1950), *Estatutos de la Obra*, Artículo IV: Miembros de la Obra. Por su parte, en el Reglamento (1906), en el Apartado II: Organización de la Obra, en el número 3, dice: “Todo niño bautizado puede ser miembro de esta Asociación”; y en el número 4: “Son admitidos los niños desde su más tierna edad hasta los doce años”, en: CONSEJO CENTRAL DE LA SANTA INFANCIA (1906), *Manual de la Santa Infancia...*, 2.

decidió agrupar a los niños de la Asociación en series de doce miembros³⁶.

No cabe duda de que estas referencias no son anecdóticas ni tienen un valor meramente organizativo. Apuntan al pasaje evangélico que acabamos de reseñar, en el que el propio Jesús, Niño adolescente, revela su misterio filial y su permanente referencia a su Padre, Dios: “¿No sabíais que yo debía estar [ocuparme] en las cosas de mi Padre?”. Jesús, el Hijo, en su misma infancia, es el apóstol del Padre (cf. Hb 3,1). Él ha sido enviado para cumplir la misión de reunir a la familia de Dios (cf. Hb 3,4.6). En torno a Jesús, y a la relación que mantiene con el Padre, se crea un mundo nuevo de relaciones. El Hijo de Dios se ha hermanado con los hombres y los trata como tales. De este modo, les revela que su Padre también lo es de ellos, y ellos son hijos de Dios y hermanos unos de otros. No hay distancias entre continentes, no hay diferencia de razas ni tampoco de lenguas; el proyecto divino que “el adorable niño de dos naturalezas” ha comenzado a realizar urge llevarlo a cabo, y a él están convocados, de un modo especial, sus hermanos más pequeños, aquellos con los que comparte la infancia.

³⁶ Cf. Reglamento (1906), en el Apartado II: Organización de la Obra, en el número 6, dice: “La Asociación se divide en series de doce miembros en honor de los doce años de la infancia del Salvador. Doce series forman una subdivisión y doce subdivisiones componen una división”, en: CONSEJO CENTRAL DE LA SANTA INFANCIA (1906), *Manual de la Santa Infancia...*, 2.

2.2.- “Devolver a la Infancia sus derechos despreciados y añadir privilegios”

Mons. de Forbin-Janson no solo ve en Jesús Niño la razón por la que ha sido dignificada la infancia, sino que considera que Jesús, a través de “un nuevo lenguaje de enseñanzas y ejemplos dejó pronto entrever su formal voluntad de devolver á la Infancia sus derechos despreciados y añadir privilegios”³⁷. En efecto, los niños poseen algo, que Jesús sabe detectar, que les hace sujetos privilegiados para la misión del Reino. El fundador de la Santa Infancia recoge algunos gestos y palabras de Jesús que lo manifiestan:

“Quién de nosotros, en efecto, no guarda en su memoria las narraciones llenas de encanto en las que el Evangelista nos muestra á Jesús *acariciando y bendiciendo á los Niños*, ya llamándoles con estas palabras de amor: *Dejad que los niños vengan a mí*; ya protegiendo su inocencia con estas palabras de terrible amenaza contra el que no temiese escandalizar á uno de ellos: *Más le valiera al tal ser arrojado al mar con una piedra de molino al cuello*; ya, para conciliar el respeto á la Infancia, revelándonos el nuevo honor de que era objeto: los Niños tienen ángeles encargados de su guarda, *y esos ángeles ven siempre la cara de mi Padre que está en los cielos*; unas veces poniéndolos por modelos á todas las edades de la vida: *el reino de los cielos es para los que son semejantes á estos niños*;

³⁷ FORBIN-JANSON (1844), 112.

otras, proponiéndolos para la imitación de sus mismos discípulos: *En verdad os digo que si no sois como estos niños, no entraréis en el reino de los cielos; y finalmente, estas palabras tan paternales, tan tiernas para animarles á amarles y servirles: Todo lo que hicieréis por el menor de estos parvulitos, que son mis hermanos, es como si lo hicieréis por mí mismo*³⁸.

Hermana pequeña —cuando no hija— de la Obra de la Propagación de la Fe, desde sus inicios, a la Santa Infancia se la ha podido considerar como Obra auxiliar de la general, escuela de formación, cantera de vocaciones, cauce de intercambio de bienes entre los niños... No cabe duda de que estos elementos responden a la realidad y reconocen parte de su aportación específica a la misión. Sin embargo, se corre el peligro de ignorar la aportación que la infancia, en cuanto tal, hace a la vida cristiana, en general, y a la misión, de modo particular. La relación hecha por Mons. de Forbin-Janson lo pone en evidencia. Para Jesús, la infancia posee “unos privilegios” en orden al reino de Dios que es necesario tener en cuenta en la misión evangelizadora. Más allá de cualquier reducción funcional, la Obra de la Santa Infancia o Infancia Misionera promueve, de cara a la misión, la aportación propia de los niños y —como lo hizo el propio Jesús— los propone al Pueblo de Dios como modelos para el mismo ejercicio de la misión. Es preciso reconocer que el Espíritu ha querido otorgar una bendición particular a la misión eclesial por medio de la infancia. Olvidarlo no solo empobrece la Obra que la reúne, sino también a la propia actividad misionera, en general.

³⁸ FORBIN-JANSON (1844), 112-113.

**a.- “De los que son como niños es el reino de Dios”
(Mc 10,14b)**

Los niños ocupan en el cristianismo un lugar preferencial. Para Jesús, lejos de ser un inconveniente, la infancia porta consigo unas condiciones que la hacen especialmente receptiva al reino de Dios³⁹. El evangelista Marcos lo declara del siguiente modo: los niños son llevados a Jesús para que les toque, los discípulos quieren impedirlo y, entonces, Jesús dice las siguientes palabras:

“Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impidáis, pues de los que son como ellos es el reino de Dios. En verdad os digo que quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Mc 19,14-15).

Jesús no dice “traedme los niños”, sino “dejad que se acerquen a mí”. El Señor ve en los niños una disposición innata que invita a sus discípulos a reconocer y a acompañar. Considera que sus capacidades, propias de la infancia, les facilitan abrirse y recibir los misterios del Reino. Ellos pueden tener una precedencia y protagonismo en los asuntos del Reino

³⁹ Este punto se inspira en H. U. VON BALTHASAR (2006), *Si no os hacéis como este Niño*, Rafaela Provincia de Santa Fe (República Argentina), Fundación San Juan. K. RAHNER (1964), “Pensamientos para una teología de la infancia”, *Selecciones de Teología* vol. 3, n.º 10, 142-148 (tradujo y condensó: Victor Codina del original; “Gedanken zu einer Theologie der Kindheit”: *Geist und Leben* 36 (1963), 104-114. JUAN JOSÉ BARTOLOMÉ (2018), *Los niños en el ministerio de Jesús de Nazaret. Sujetos de curación y modelos del Reino*, Madrid, CCS. JUAN CARLOS CARVAJAL (2017), “El proceso espiritual de conversión en la iniciación cristiana de niños y adolescentes. Fundamentos y esbozo”: *Actualidad catequética* 253, 99-144; también ID. (2019), *Sorprendente infancia. Recibir el Reino de Dios como un niño*, Madrid, CCS.

porque son sensibles a la paternidad de Dios y a ese proyecto de fraternidad que nace de su amor manifestado en su Hijo, Jesús. Más aún, su pequeñez, su debilidad, su misma irrelevancia conmueven al Padre y les hacen ser esos bienaventurados destinatarios de su cuidado providente y a quienes hace entrega de su Reino de gracia (cf. Mt 6,25-34; 5,3 par.).

Las palabras de Jesús sorprenden, no solo porque descubren la disposición de los niños hacia los misterios divinos y su lugar privilegiado a los ojos del Padre; sino, sobre todo, porque son puestos como modelos. Ellos son la medida para acceder al Reino: “de los que son como niños es el reino de Dios”. Ese “como niños” manifiesta que los discípulos de Jesús no deben tener una actitud de conquista y de dominio —pelagiana o gnóstica, en la terminología del papa Francisco⁴⁰— respecto al reino de Dios. Al contrario, como los niños, deben dejar que sea el propio Dios quien les haga entrega de su Reino de gracia. De hecho, Jesús remacha esta idea: “quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él”.

A la Obra de la Santa Infancia o Infancia Misionera se le ha concedido custodiar, generación tras generación, un verdadero tesoro. Los niños son el tesoro de la sociedad y de la Iglesia. Sin duda lo son porque constituyen el futuro de ambas. Pero, atendiendo a las palabras de Jesús, la infancia posee una valía propia que, en la medida en que se reconoce y se promueve, da acceso a los misterios que Dios ha querido revelar, al tiempo que ofrece las actitudes necesarias para recibir su Reino y ser puestos a su servicio. Y esto no solo para

⁴⁰ Cf. FRANCISCO (2018), *Exhortación apostólica* Gaudete et exsultate, 36-62.

los niños de la Obra, sino también para los animadores que los atienden y, elevando un poco la mirada, para todos los que participan en la vida y misión de la Iglesia. Infancia Misionera es una Obra de y para los niños, pero también todo un “signo” ante los adultos, creyentes e incluso no creyentes⁴¹.

b.- “Acoge al que me ha enviado” (Mc 9,37)

No hay exageración en lo que decimos. El propio Jesús manifiesta su identificación con sus hermanos más pequeños y revela cómo acogerlos es acoger, por su medio, al Padre que le ha enviado:

“Y tomando un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: ‘El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí, y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado’” (Mc 9,36-37).

¿Por qué Jesús hace esta identificación? En realidad, la infancia está atravesada por una condición filial. Los niños son conocedores, aun de manera inconsciente, de que no tienen en ellos su origen y de que en todo están bajo la protección de los mayores; se saben dependientes de sus padres. Esto hace que, tal como lo percibió Mons. de Forbin-Janson, no hay mayor

⁴¹ Juan Pablo II, destacó este carácter significativo que tienen los niños de la Obra para los adultos: “esos niños no sólo desarrollan y personalizan su vida bautismal y humana, sino que interpelan y evangelizan al mundo de los adultos, a veces insensibilizados y escépticos ante la necesidad y eficacia de la solidaridad y de la donación de sí mismo” (JUAN PABLO II [1979], *Mensaje a los responsables de la Obra Pontificia de la Infancia Misionera con ocasión del Año internacional del niño*).

injusticia y escándalo que un niño abandonado o desatendido⁴². Sin embargo, cuando las personas van creciendo y poco a poco se valen por sí mismas, se hacen autosuficientes, olvidan esa dependencia original, que no solo es innata en la niñez, sino que es propia del ser humano por el hecho de su carácter criatural y porque su vida siempre está en las manos providentes de Dios.

Así, por su dependencia, los niños evocan al Niño Jesús; ellos son sus hermanos más pequeños. No obstante, Jesús no solo fue dependiente en su infancia, lo es siempre. En realidad, Jesús es el eterno Niño-Hijo de Dios. Se sabe vinculado al Padre, dependiendo permanentemente de su divina providencia: vive recibiendo todo de Él (cf. Mt 11,27) y cumpliendo su voluntad (cf. Jn 4,34); y es desde esta dependencia que salva a los hombres. A partir de aquí se aclara la identificación que Jesús hace entre los niños, Él y quien le ha enviado, y su carácter imperativo para sus discípulos: acoger a un niño —en su nombre— es acoger al Niño-Hijo de Dios, y acogerle a Él, en verdad, es acoger a su Padre providente, con quien es uno en el amor (cf. Jn 10,30; 14,9). En efecto, al acoger a los niños en su debilidad, al protegerlos de las amenazas y al favorecer su desarrollo integral, se está acogiendo y rescatando al propio Hijo de Dios, quien ocultó su gloria y se presentó impotente y necesitado de atención y cuidado por parte de los hombres. Acogiendo la debilidad de Jesús representada en los niños, se acoge la salvación que Dios Padre ofrece de modo gratuito y otorga a quien —con un

⁴² Cf. FORBIN-JANSON (1844), 119.

corazón misericordioso y generoso como el suyo— acoge y atiende a sus hijos más pequeños.

La Obra de la Santa Infancia o Infancia Misionera pone de manifiesto que todo ser humano depende de la providencia divina, mediada por la justicia y la solidaridad, y lo pone en evidencia a través de los niños. Es decir, a través de aquellos que, en virtud de su edad, son vulnerables, faltos de poder e influencia, radicalmente dependientes de los otros. Sin embargo, lo sorprendente de la Obra es que, para rescatar a los niños vulnerables, acude a otros niños no menos vulnerables, pero con la particularidad de que estos se han reconocido amados por Dios, el Padre de Jesús y Padre suyo. Justamente, Mons. de Forbin-Janson señala el agradecimiento a “la religión” como el origen del movimiento de solidaridad de los niños cristianos hacia los niños necesitados; y, por esta razón, supone que en los mismos gestos de solidaridad va inscrito el dinamismo evangelizador. Recogemos sus palabras:

“A toda Asociación se ha preferido la de la Infancia, porque la Infancia no tiene todavía una, establecida de manera general, para ella sola, y, por decirlo así, proporcionada á su edad, así como á sus fuerzas; porque, *habiendo recibido tanto de la religión*, nos pareció justo que contribuyese á su manera, con alguna oración y alguna limosna, a procurar á la Infancia infiel la dicha de conocer al Dios del Calvario y de la Eucaristía”⁴³.

⁴³ FORBIN-JANSON (1844), 126; la cursiva en nuestra.

¡Qué significativa es la aportación de los niños a la misión! ¡Cómo la necesita la Iglesia!⁴⁴ Su debilidad, la pobreza de medios con los que contribuyen a la misión, su mismo candor, son un permanente recordatorio de que los frutos de la actividad evangelizadora no proceden de las estrategias, de una magnífica organización burocrática o de la mera actividad humana, sino de la bendición de Dios, que llega donde no alcanza la pobre entrega de los hermanos de su Hijo. De este modo, la Obra de la Santa Infancia es un estandarte para la Iglesia y el mundo que enarbola el lema paulino: “lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Co 1,25). Citamos nuevamente el texto de su Fundador para comprobar que la Obra nace convencida de que la indigencia de los niños es justamente la que estimula la generosidad de Dios:

“... porque sabemos que si su oración [la de los niños] agrada al Señor y que ama este sacrificio del albor de la vida, también sabemos que *no se deja vencer en generosidad* y que su riqueza y plenitud sólo parecen pedir á la indigencia de sus criaturas para darles derecho á magnífica recompensa”⁴⁵.

⁴⁴ Cf. RAFAEL SANTOS BARBA (2017), 677-678.

⁴⁵ FORBIN-JANSON (1844), 126-127; la cursiva en nuestra. Poco antes, el obispo de Nancy ya había subrayado cómo la debilidad de los medios deja libre a la acción de la Providencia y permite confiar en la misericordia divina: “... siendo los simples y dóciles instrumentos de la Providencia, no podemos coartar ni limitar su acción: entonces también tendremos el derecho de confiar en su misericordia; el derecho de esperarlo todo de las invenciones de la sabiduría y del amor del *Señor que quiere la salvación de todos los hombres* y sobre todo de la infancia; entonces dejaremos *hacer su*

En esta línea, es importante subrayar que la contribución de la infancia a la misión eclesial no está solo en el origen de la Obra: también lo está en la meta. En un primer momento los niños damnificados son rescatados, bautizados y educados en la fe a partir de los donativos y oraciones de sus hermanos cristianos; pero, con el paso del tiempo, ellos mismos se convierten en sujetos de la misión de sus pueblos y aliento de la vida de fe de sus hermanos de las Iglesias de larga tradición cristiana. En ese momento, en ellos se hacen realidad las palabras que antes hemos citado del fundador de la Santa Infancia: “habiendo recibido tanto de la religión” y entregados en el albor de la vida a dar testimonio del Evangelio entre sus pueblos paganos, Dios no dejará de hacer fructificar su obra misionera y les otorgará una “magnífica recompensa”.

c.- “Sus ángeles están viendo siempre el rostro de mi Padre celestial” (Mt 18,10)

¿Qué tiene la infancia que la hace objeto de la complacencia divina? ¿Qué rasgos la constituyen que todos los discípulos de Jesús están llamados a reproducir? ¿De qué modo contribuyen y enriquecen la misión eclesial? Una frase de Jesús nos pone en la pista: “Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial” (Mt 18,10). Frase enigmática, pues como enseña la Escritura, nadie puede ver el rostro de Dios y quedar con vida (cf. Ex 33,20). En efecto,

Obra á aquel que sabe inspirar en tiempo oportuno los generosos sacrificios, y de un gran mal sacar un gran bien” (p. 125-126, cursiva del autor).

Dios siempre permanece en un Misterio infranqueable; incluso, tras haberse revelado en su Hijo, Jesús, su Misterio perdura; y, sin embargo, Jesús declara que los ángeles de los niños gozan de una especial familiaridad con Dios. Ellos sí ven su rostro, en cierto modo, son conocedores de su Misterio de Amor. Los ángeles de los niños son los mensajeros que Dios envía a sus hijos más pequeños para, de una forma extraordinaria, pero casi imperceptible, hacerles los testigos de su Misterio en medio del mundo. De algún modo, en cada niño que nace, y mientras se mantiene en su niñez, Dios visita al mundo.

En efecto, los niños tienen una especial sensibilidad hacia el misterio que envuelve el mundo y también su propia vida. Más aún, podríamos decir que son atraídos por ese misterio, crecen en el intento de descifrarlo, se alegran cuando descubren su secreto y desean reconocerlo en todo lo que les rodea. Sensibles al misterio del mundo, están abiertos como nadie a que ser introducidos en los misterios del reino de Dios y los reciben con una fe tan fervorosa que inmediatamente están dispuestos a implicarse en su servicio⁴⁶.

En la Escuela de Jesús - en diálogo con su Hermano mayor -, ellos llegan a entender, con una sencillez pasmosa, los planes de Dios en favor de todos los hombres; desean que, en torno al Padre de todos y de su Hijo, Jesús, más allá de cualquier diferencia de raza, lengua, nación o situación económica, se construya la fraternidad universal; penetran con piedad en el sentido último de la vida y muerte de Jesús; se adhieren a él y desean generosamente seguir sus huellas;

⁴⁶ Esta valoración de la infancia es integrada en el documento que regirá la catequesis en los próximos años; cf. CONSEJO PONTIFICIO PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio para la Catequesis* (23-III-2020), 236.

comprenden que ellos, con lo que puedan ofrecer, también participan de la misión de Jesús... Es verdad que a veces todo esto se les olvida, y los compromisos no siempre los mantienen. Pero también es verdad que, cuando se les ayuda a volver sobre el Misterio de Dios, siempre lo retoman con una seriedad extraordinaria y su compromiso reverdece con extraordinaria generosidad⁴⁷. Esta es la aportación que los niños hacen a la misión. Este es el estímulo que ofrecen a todos los que colaboran en la misión de la Iglesia.

Por eso es tan desastroso el escándalo de los pequeños. Escandalizar a un niño no solo es hacer escarnio de una criatura indefensa, es, en cierto modo, cerrar la puerta a Dios. Cuando se mancilla su inocencia, se ensucia su mirada, se deshonra su generosidad; cuando, en definitiva, no se le reconoce como uno de “esos ángeles-mensajeros” que Dios envía para llamar a la humanidad descreída a una relación filial; entonces, las palabras de Jesús dejan de ser una advertencia para convertirse en una verdadera amenaza: “Al que escandaliza a uno de estos pequeños, más le valdría que le ataran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al mar. ¡Tened cuidado!” (Lc 17,2-3). Todos los colaboradores de la Obra de la Infancia Misionera deben considerar que Jesús ha puesto bajo su cuidado uno de sus tesoros más queridos: sus

⁴⁷ Como hemos indicado más arriba, los *Anales de la Obra de la Santa Infancia* nacieron, entre otros motivos, para dar testimonio de la entrega y generosidad de los niños, y también para que esta fuera estimulada por la historia de sus hermanos de lejanas tierras; cf. FORBIN-JANSON (1844), 128, nota a pie de página. Aun hoy son publicados por el Secretariado Internacional junto con el *Boletín de la Pontificia Obra de la Santa Infancia*.

hermanos más pequeños. Por la misma razón, también deben temer su amenaza.

d.- “Un niño pequeño los guiará...” (Is 11,6)

Es preciso reconocer que el modo que tiene Jesús de ver la infancia es sorprendente y no se ajusta a como habitualmente se la contempla. De hecho, es común pensar que los niños son una especie de *tabula rasa*, es decir, un libro con todas las hojas en blanco, a la espera de ser completadas por las cosas que se les enseña, por las experiencias que se les proporciona, por las relaciones que se les posibilita... Parece como si todo tuviera que venir del exterior, como si ellos solo fueran unos receptáculos que recibieran lo que se les procura. En discusión se pueden poner los modos en que se imparte esa enseñanza: dinámica o pasiva, subrayando lo cognitivo o lo afectivo, de manera divertida o esforzada...; pero pocas veces se parte de ellos, de lo que ven, de lo que buscan, de lo que observan, de lo que preguntan... Este modo de proceder en todos los ámbitos de la enseñanza es especialmente desastroso en lo que respecta a lo espiritual y religioso. Se piensa que “hay que llevarlos a Dios”; no se considera que ellos “están en Dios” y, en cierto modo, suscitadas por el mismo Espíritu, poseen unas vivencias “a-temáticas” (no expresadas) de ello. Justamente, con sus actitudes y sus palabras, es lo que nos ha hecho ver el propio Jesús.

Los colaboradores en la Obra de la Infancia Misionera no pueden servir a Dios y a su obra sin Dios. No pueden pensar que ellos son los primeros y más interesados en llevar a los niños a Dios y en disponerlos para servir a su proyecto

evangelizador. Dios mismo con su gracia es el que los atrae hacia Sí. Él hace lo necesario para que los niños puedan acudir a la cita de amor que imprimió en sus almas el mismo día de su nacimiento⁴⁸. Con cada niño, con modulaciones diferentes, se hacen verdad las palabras que Dios, por medio del profeta Oseas, dirigió a su pueblo:

“Con lazos humanos los atraje, con vínculos de amor. Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas. Me incliné hacia él para darle de comer” (Os 11,4).

Los niños, como seres humanos que son, nacen con la vocación de ser hijos de Dios. Desde el instante de su nacimiento, esta llamada late en lo profundo de su vivir. Pero, además, Dios no se contenta con poner esta semilla, sino que, por la acción misteriosa pero real de su Espíritu, “con vínculos de amor” va atrayendo a los niños hacia Sí. Así es: no por méritos propios, sino por pura gracia de Dios, los niños son atraídos hacia los misterios del Reino. Los adultos cristianos deben esforzarse en detectar los impulsos de esa atracción, reconocerlos a la luz del Evangelio y acompañar la acción del Espíritu que quiere vincular a los niños con Jesús.

En efecto, los niños han de ser siempre acompañados hacia Jesús y, con Jesús, hacia el Padre y hacia sus hermanos; pero siempre se ha de partir de esas mociones que el Espíritu pone en lo profundo de su corazón. Los niños poseen una vivencia espiritual, pero ellos no saben qué es eso ni tampoco

⁴⁸ CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* Gaudium et spes (7-XII-1965), 19a: “Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios”.

saben interpretarlas. Muchos mayores también ignoran e incluso desprecian eso que viven los niños. Sin embargo, la labor de los educadores cristianos, en general, y de los animadores de Infancia Misionera, en particular, es detectar esas vivencias espirituales, reconocer su valor y descubrir de qué modo, a través de ellas, Jesús los está atrayendo hacia Sí. En este dinamismo contemplativo, la Virgen María es una gran maestra (cf. Lc 2,51). Ellos, como la Madre de Jesús, deben guardar en su corazón las palabras, los gestos, los interrogantes, los anhelos... de los niños que acompañan, para detectar en ellos esas mociones del Espíritu que los lleva hacia Jesús. Solo después de esta atención contemplativa y obediente al Espíritu, podrán poner los medios para facilitar que los niños conozcan a Jesús y entren en un trato de amistad-fraternidad con Él, que les permitirá convertirse en misioneros, como Él es misionero del Padre.

En este punto, el educador cristiano es un testigo y pregonero de Jesús, el Hijo de Dios, el verdadero Niño pequeño. A veces no resulta fácil entender lo que están viviendo los niños y los adolescentes, tampoco se sabe cómo poder acompañarlos. Muchos son los impedimentos en un mundo donde Dios parece estar excluido y la dignidad de los niños ignorada. Sin embargo, en medio de este mar de dificultades, hay una brújula segura: el propio Jesús. Jesús es ese Niño que guía a los educadores de sus hermanos más pequeños para que puedan acompañarlos hacia Él, su Hermano mayor y, con Él, hacia el Padre común y al resto de sus hermanos.

La clave para la formación cristiana de los niños de Infancia Misionera es que los animadores de la Obra —en

medio de las vicisitudes de la vida— puedan detectar los movimientos que el Espíritu produce en los corazones de los niños a su cargo, sepan leerlos a la luz de la experiencia del Niño-Hijo de Dios y propongan esta experiencia a los niños con un anuncio sencillo, pero revelador, de la presencia de Jesús en sus vidas⁴⁹. Con este modo de proceder, los niños podrán reconocer la compañía de Jesús, que empatiza con ellos y los quiere como hermanos-amigos suyos que son y, también, los incorpora a la misión que ha recibido del Padre, en favor de sus hermanos que no conocen el amor de Dios y padecen los estragos del mal y la injusticia. El objetivo es que los niños se apasionen por Jesús y le agradezcan el amor que les tiene. De esta relación gozosa brotara en ellos el permanente impulso hacia la misión y el estar atentos a las necesidades espirituales y materiales de otros niños en cualquier parte del mundo.

e.- “...y estaba sujeto a ellos” (Lc 2,51)

“Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2,51-52).

Como ya hemos visto, a la edad de doce años, Jesús — el Hijo de Dios desde su encarnación—, cumpliendo el precepto pascual de peregrinar al Templo de Jerusalén,

⁴⁹ En realidad, la labor de los animadores es siempre mediación del testimonio que Cristo da de sí ante los niños. En palabras del papa Francisco: “Cristo, con su Espíritu, da testimonio de sí mismo mediante las obras que lleva a cabo en nosotros y con nosotros” (FRANCISCO, *Mensaje a las Obras Misionales Pontificias* [21-V-2020]).

manifiesta su conciencia de que Él ha venido para ocuparse en los asuntos del Padre. Y, sin embargo, desde ese instante hasta el día de su bautismo, en la orilla del Jordán, Jesús retorna con María y José a Nazaret y allí vive durante 18 años lo que se ha venido a llamar su “vida oculta”. Solo unas pequeñas indicaciones de san Lucas nos orientan sobre lo que supusieron aquellos años: “iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres”. Lo cual, está en continuidad con lo que había dicho sobre el anterior periodo de la vida de Jesús: “El niño iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él” (Lc 2,40). Con estas notas, el evangelista manifiesta que, aunque el misterio de la filiación divina forma parte de la conciencia de Jesús y la gracia rebosa en Él, sin embargo, su humanidad siguen las leyes que rigen en todo hombre: debe crecer en estatura, robustecerse, progresar en la sabiduría de las cosas, avanzar en la penetración de su misterio al modo humano... Jesús, el hijo de María, necesita tiempo para que su humanidad crezca hasta la altura de poder expresar el misterio de su persona divina y poder realizar la misión redentora encomendada por el Padre.

Lo sorprendente es que este crecimiento se hace bajo la tutela de María y José en Nazaret: “Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos”. Es el misterio de la Sagrada Familia, es la “escuela de Nazaret”⁵⁰. Después de revelar su Misterio y de esbozar su misión en el mundo, Jesús vuelve a la situación normal de su familia: a la vida sencilla, a la disciplina ordinaria, a las relaciones humanas, al respeto mutuo, al trabajo

⁵⁰ Cf. PABLO VI, *Discurso en la Iglesia de la Anunciación de Nazaret* (5-I-1964).

cotidiano, a la escucha atenta de la Palabra divina, a la vida de oración tanto en la sinagoga como en casa..., y siempre viviendo bajo la sujeción de sus padres, expresión de su actitud obediente a su Padre Dios, a quien ellos representan.

Para la Infancia Misionera la “escuela de Nazaret” no puede dejar de ser una fuente de inspiración y un referente cotidiano tanto para las familias como para los animadores de la Obra. Los niños y adolescentes, en virtud de su edad y la gracia divina, tienen unas aptitudes magníficas para entrar en relación con Dios y también para mantener una actitud colaboradora hacia la misión eclesial. No obstante, estas disposiciones es necesario cultivarlas, máxime cuando el ambiente ya no favorece la experiencia cristiana y misionera ni en los países de la antigua cristiandad ni en aquellos en los que priman otras religiones o situaciones culturales. Aquí conviene que las familias, las comunidades cristianas y los animadores de Infancia Misionera, en la medida de lo posible, caminen al unísono y, en torno a los niños, creen un clima semejante al de Nazaret.

Las familias, “iglesia doméstica”, es el lugar natural donde nace la fe⁵¹, donde la acción de la gracia se teje con el crecimiento humano, el Evangelio adquiere sentido y se hace experiencia, donde Jesús va revelando su rostro y donde el misterio paternal de Dios se revela en el amor paternal de la madre y del padre. En el seno de una familia cristiana es donde, en primera instancia, se ponen los fundamentos de la experiencia de fe y es a partir de ella como los niños y

⁵¹ Para este punto cf. CONSEJO PONTIFICIO PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN (2020), *Directorio para la Catequesis* (23-III-2020), 227-231.

adolescentes pueden abrirse a la realidad eclesial. La misma sensibilidad de los padres por la misión de la Iglesia es el fermento de esa vocación misionera a la que están llamados los niños en virtud de su bautismo⁵².

La comunidad cristiana inmediata es el espacio donde germina la semilla de la fe que los padres han plantado. Ella “es en sí misma una catequesis viviente. Siendo lo que es, anuncia, celebra, vive y permanece siempre como el espacio vital indispensable y primero de la catequesis”⁵³. Los niños y adolescentes aprenden a ser cristianos en contacto con otros cristianos. Es en la relación fraterna con aquellos que creen en Cristo donde Jesús se manifiesta como el Hermano mayor y la referencia al amor paternal de Dios se hace real. La comunidad cristiana, al tiempo que es una escuela de discipulado, también lo es de misionalidad. La proyección apostólica de la comunidad en su entorno más próximo es, para los niños y adolescentes, una escuela de aprendizaje de esa universalidad que tiene la buena noticia del Evangelio.

Los animadores de la Infancia Misionera, miembros siempre de la Iglesia, insertan su labor en esa relación esencial y cotidiana que debe existir entre las familias y las comunidades cristianas inmediatas. En el caso de que esa relación padezca alguna deficiencia, ellos pondrán los medios

⁵² Mons. de Forbin-Janson contaba con esta sensibilidad misionera de los padres, para que estos inscribieran a sus hijos en la Obra a partir del bautismo y provisionalmente cumplieran con las obligaciones de los niños hasta su uso de razón cf. FORBIN-JANSON (1844), 127-129. Cf. JUAN PABLO II, *Carta encíclica Redemptoris missio* (7-XII-1990) 80.

⁵³ Para este punto, cf. CONSEJO PONTIFICIO PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN (2020), *Directorio para la Catequesis* (23-III-2020), 164; también 88-89; 133.

necesarios para subsanarla y, si no fuera posible, a través de la Escuela de Jesús, tratarán de suplir las carencias que encuentren. Su tarea formativa —que será definida más adelante— se inserta en el proceso de iniciación cristiana de los niños y adolescentes. Respecto a los niños bautizados, su labor ha de partir siempre de la gracia bautismal, y respecto a los que se preparan a recibir el sacramento del bautismo, su trabajo es favorecer su mejor recepción. En cualquier caso, el bautismo y demás sacramentos de la iniciación cristiana son sus referentes. En ellos se encuentra la fuente de la vida cristiana y el origen de la vocación misionera de los discípulos-hermanos de Jesús, el Hijo del Padre.

III.- ESPIRITUALIDAD DE LA SANTA INFANCIA O INFANCIA MISIONERA

El carisma de la Santa Infancia es un don del Espíritu que Dios ha dado a la Iglesia y al mundo por mediación de Mons. de Forbin-Janson. En cuanto gracia divina, es un manantial que fluye permanentemente para reverdecer la Obra y para que, de un modo particular, sus miembros puedan avanzar en el camino de la santidad. Estos son llamados a identificarse con Jesús, el Niño-Hijo de Dios y a participar, en el cumplimiento de la voluntad salvífica del Padre, de su entrega en favor de sus hermanos más pequeños. La espiritualidad de los que pertenecen a la Infancia Misionera bebe del carisma con el que la Obra ha sido bendecida por el Espíritu.

1.- “El Bautismo sobre...”

1.1.- Misión de bautismo y de educación cristiana

La Obra de la Santa Infancia nace en la mente de su fundador para dar respuesta a la trágica situación de los niños y niñas en China. Los misioneros franceses, que están allí de avanzada, relatan cómo los padres se desentienden de ellos y

los entregan literalmente a la muerte⁵⁴. Ante estas noticias, Mons. de Forbin-Janson se conmueve en lo profundo de su corazón, siente una gran compasión y busca poner los medios para librar de la muerte a esos niños damnificados:

“He aquí precisamente nuestro pensamiento; hé aquí nuestra obra. Sí, queremos arrancar á la muerte el mayor número posible de niños nacidos de padres idólatras, y puesto que los venden en provecho de la avaricia y del libertinaje, queremos comprar cuantos podamos en provecho de la Religión, para Dios, para gloria de su nombre, *para su bautismo*: también queremos asegurar á todos los que mueran en tierna edad la bienaventuranza eterna; queremos hacer de los que vivan instrumentos de salvación de sus propios hermanos”⁵⁵.

Para nuestra concepción, a veces excesivamente parcial y precipitada, resulta sorprendente lo que el obispo de Nancy entiende por “arrancar a la muerte el mayor número posible de niños”. Evidentemente, en un primer momento la expresión tiene un sentido literal: los niños están siendo arrojados a los ríos, y los recién nacidos, abandonados a las calles para ser pasto de los perros y los cerdos...; urge rescatarlos (*les racheter*), literalmente, pagar su “precio” y librarles de la muerte. Pero, para el obispo, este “arrancarlos de la muerte” tiene un sentido mucho más profundo: esos niños han de ser redimidos (*les racheter*) por el bautismo; se trata de asegurar “á

⁵⁴ Cf. FORBIN-JANSON (1844), 109-110, 114-119. El título de este punto esta extraído de la pág. 132.

⁵⁵ FORBIN-JANSON (1844), 119. La cursiva es nuestra.

todos los que mueran en tierna edad la bienaventuranza eterna”.

El bautismo es una urgencia y una prioridad para la Obra de la Santa Infancia. Es preciso “abrir, por el bautismo, las puertas del cielo al mayor número posible de estas pobres criaturas, privadas al nacer del amor paternal”⁵⁶. No cabe duda de que, en Mons. de Forbin-Janson, esta urgencia nace del mandato misionero que Jesús entregó a sus discípulos poco antes de retornar al Padre: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado” (Mt 28,19-20a). Pero este mandato el fundador de la Obra lo desea hacer efectivo, no solo por el imperativo del bautismo, sino también en lo que respecta a la enseñanza del mensaje evangélico. De este modo, a través de la articulación de la doble vertiente del mandato misionero, la Obra de la Santa Infancia adquiere una perspectiva verdaderamente integral.

El bautismo, concretamente, es el motivo y medio primero para rescatar a los niños damnificados del poder del mal y de la muerte, y para regenerarlos como hijos de Dios. Pero, una vez regenerados, “estos nuevos Moisés”⁵⁷ poseen la gracia divina y, en los centros previstos para ello, pueden recibir la educación cristiana necesaria para llegar a ser “instrumentos de salvación de sus hermanos”. Estos niños, cristianos por el bautismo y la formación, llegarán a ser esos maestros y maestras de escuelas, esos médicos y comadronas, esos catequistas y aun sacerdotes y misioneros indígenas que

⁵⁶ FORBIN-JANSON (1844), 109.

⁵⁷ FORBIN-JANSON (1844), 123.

podrán evangelizar a su pueblo hablando sus mismos dialectos, y participando de sus mismas culturas⁵⁸.

Si el bautismo forma parte de los objetivos de la Obra, también es condición para que los niños se asocien a ella⁵⁹. Así es: tal y como hemos visto más arriba, la infancia posee naturalmente unos valores extraordinarios; sin embargo, hay otros valores que solo pueden ser concedidos por el bautismo. Estos nuevos valores proceden de la regeneración en Jesucristo y son tales que —en expresión del obispo de Nancy— a los niños les hace merecedores de “una especie de culto particular”⁶⁰. En efecto, en virtud del bautismo, los niños nacen de nuevo como hijos en el Hijo de Dios, el Padre de Jesús pasa a ser su Padre, y el resto de los niños, sea cual sea su situación, sus hermanos. Para el buen desarrollo de la Obra, la Santa Infancia espera de esos niños bautizados su contribución particular. Ellos, al estar unidos de un modo particular con Jesús, el Niño-Hijo de Dios, cargan sobre sí el cumplimiento de los objetivos de la Obra. Sus oraciones, limosnas y sacrificios, precisamente porque son limitados, atraerán del Padre

⁵⁸ Cf. FORBIN-JANSON (1844), 110, 124.

⁵⁹ Cf. En el Reglamento (1906), en la Parte II, donde se explican algunos puntos del mismo, en el apartado IV, al hablar de las condiciones para pertenecer en la asociación, se declara que la primera es “*El bautismo de la Iglesia católica, único que puede dar derecho á entrar en una asociación de Niños cristianos*”, en: CONSEJO CENTRAL DE LA SANTA INFANCIA (1906), *Manual de la Santa Infancia...*, 17. Sobre la importancia del bautismo en la Obra, cf. PONTIFICIUM OPUS A SANCTA INFANTIA (2008), *Infancia Misionera, Historia y carisma*, 9, donde, hablando de la fundación de la Santa Infancia, la autora afirma: “nacía un estilo nuevo de misión, que colocaba en el centro la gracia bautismal y reconocía a los niños el derecho de recibirla y el deber de darla”.

⁶⁰ Cf. FORBIN-JANSON (1844), 113-114.

providente los dones suficientes como para cubrir las necesidades de los hermanos más pequeños.

1.2.- La salvación y el carácter integral de la evangelización

Al igual que la fundación de la Santa Infancia está condicionada por el contexto político, social y económico en el que nació, también lo está por las concepciones teológicas de la época. No cabe duda: en la mente y en el corazón de los cristianos de la primera mitad del siglo XIX anidaba el deseo de que los pueblos paganos fueran bautizados y accedieran a la fe lo más pronto posible. Según la enseñanza tradicional, tenían muy presente que la Iglesia era necesaria para la salvación o, como rezaba el adagio latino, “*extra Ecclesiam nulla salus*” (fuera de la Iglesia no hay salvación). Por eso tuvo tanto éxito una Obra que recogía a los niños moribundos de las calles y los bautizaba poco antes de morir; también, que “compraba” a los niños que los padres despreciaban y que lo primero que hacía era bautizarlos para después educarlos en la fe. En esta Obra — en que pronto se empeñó toda la cristiandad— no solo se buscaba rescatar a los niños de la muerte y de las condiciones sociales inhumanas; sobre todo, y como una prioridad, el objetivo era introducirlos en la Iglesia para así, por la fe y el bautismo, cumplir la voluntad salvífica de Dios, “que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tm 2,4).

Es verdad, probablemente aquella generación vivía de un modo restrictivo la noción de salvación, y, quizás, de un modo legalista la administración del bautismo. No obstante,

resulta muy estimulante, para nuestros días, la valoración tan positiva que hacían del bautismo, de la fe y de la Iglesia, y cómo articulaban, en un mismo dinamismo, el proceso humanizador y el evangelizador. El Concilio Vaticano II, tras subrayar que la salvación viene a la humanidad por Jesucristo, único mediador entre Dios y los hombres, ha reiterado la enseñanza tradicional:

“El santo Sínodo... basado en la Sagrada Escritura y en la Tradición, enseña que esta Iglesia peregrina es necesaria para la salvación. Cristo, en efecto, es el único Mediador y camino de salvación que se nos hace presente en su Cuerpo, en la Iglesia. Él, al inculcar con palabras, bien explícitas, la necesidad de la fe y el bautismo, confirmó al mismo tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que entran los hombres por el bautismo como por una puerta”⁶¹.

Sin embargo, fiada de la misericordia divina y conocedora de que Dios desea que la salvación lograda por Cristo alcance a la mayoría de los hombres, la Iglesia matiza la afirmación tradicional con la siguiente enseñanza conciliar:

“Los que sin culpa suya no conocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sincero corazón e intentan en su vida, con la ayuda de la gracia, hacer la voluntad de Dios, conocida a través de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna. Dios en su Providencia tampoco niega la ayuda necesaria a los que, sin culpa, todavía no han llegado a

⁶¹ CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium* (21-XI-1964) 14.

conocer claramente a Dios pero se esfuerzan con su gracia en vivir con honradez. La Iglesia aprecia todo lo bueno y verdadero que hay en ellos, como una preparación del Evangelio y como un don de Aquel que ilumina a todos los hombres para que puedan tener finalmente vida”⁶².

Según el pensamiento conciliar, Dios, por caminos solo conocidos por Él, puede conducir a los hombres, por medio de su gracia, a que cumplan la vocación filial que portan en su corazón y así lleguen a participar de la vida y felicidad eterna. Sin embargo, eso no justifica que la Iglesia posponga su actividad evangelizadora y consagre sus fuerzas a la sola promoción humana, pensando que Dios cumplirá con su salvación en el orden escatológico. Contemplar así las cosas no solo es ignorar el carácter integral de la promoción humana — que apunta a todos los hombres y a todas sus dimensiones humanas, incluida la religiosa—, sino no comprender tampoco que la propia evangelización integra en sí misma esta promoción y nunca es un momento posterior y yuxtapuesto a ella. En cualquier caso, qué bien entendió Mons. de Forbin-Janson —en coordenadas teológicas de su época— la necesidad de poner en el primer plano la salvación del hombre y concebir la misión con un carácter integral. En este sentido, Infancia Misionera ofrece una aportación fundamental a la misión, todo un estímulo para reavivar la perspectiva evangelizadora en nuestra Iglesia de hoy.

⁶² *Ibidem*, 16.

2.- El Bautismo, un don para la Obra de la Santa Infancia

Más arriba —de la mano de los Evangelios y de las reflexiones del fundador de la Obra— hemos visto como el carisma de la Santa Infancia gira en torno a la infancia del Niño Jesús. Hemos observado cómo, de un modo extraordinario, Jesús vincula los niños a sí, el eterno Niño-Hijo de Dios. Y hemos comprendido cómo, de esa vinculación, los niños han sido introducidos en un mundo nuevo de relaciones: el Padre de Jesús llega a ser su Padre; ellos, de simples criaturas, pasan a ser hijos en el Hijo de Dios; y el imperativo de solidaridad que tienen con los otros niños se transforma en ejercicio de fraternidad con los que Dios les ha dado como hermanos.

Pues bien: el sacramento del Bautismo es el que dota a la Obra de la Infancia Misionera de un realismo extraordinario. Estas relaciones, a las que son llamados todos los hombres y mujeres que vienen al mundo, se cumplen como gracia y se activan como tarea por la recepción del sacramento del agua y del Espíritu en el seno de la Iglesia. De este modo, no es exagerado decir que la Obra de la Infancia Misionera se construye en torno al Bautismo y que la pila bautismal es la fuente permanente de espiritualidad, tanto para los niños, como para animadores y catequistas que los acompañan. No obstante, para entender bien el alcance de lo que decimos, es preciso contemplar el bautismo en el marco del Catecumenado bautismal al servicio de la iniciación cristiana.

2.1.- Catecumenado bautismal y catequesis de inspiración catecumenal

Ya no puede darse por supuesta la fe ni en los territorios de la misión *ad gentes* ni en los de vieja cristiandad. Tampoco se puede esperar que la colonización cultural, que causa la globalización, pueda llevar la fe a los pueblos que desconocen el Evangelio, ni se puede confiar en que los procesos de socialización en los pueblos de raíz cristiana transmitan la fe a la siguiente generación. En el Concilio, la Iglesia tomó conciencia de que, más allá de los apoyos o impedimentos que la sociedad le ponga, la comunidad cristiana es la responsable de anunciar y proponer el Evangelio, de suscitar y educar la fe, de ser el seno materno donde los discípulos de Cristo nazcan a la nueva vida de los hijos de Dios.

Ante esta situación y, en cierto modo, adelantándose al devenir de los acontecimientos, el Concilio restauró el Catecumenado bautismal⁶³, una antigua institución, propia de los primeros siglos de la Iglesia, por la que las comunidades cristianas engendraban en la vida de fe a aquellos que deseaban ser discípulos de Cristo. Desde el instante de su restauración, el

⁶³ La restauración del Catecumenado fue decretada por la *Constitución sobre la Liturgia* Sacrosanctum Concilium (4-XII-1963) 64; sin mencionar que se encuentra una primera descripción en la *Constitución dogmática* Lumen Gentium: “Mediante la predicación del Evangelio, la Iglesia atrae a los oyentes a la fe y a la confesión de fe, los prepara para el bautismo, los libra de la esclavitud del error y los incorpora a Cristo para que lleguen hasta la plenitud en Él por el amor” (n. 17). Para una perspectiva global sobre este punto, cf. JUAN CARLOS CARVAJAL BLANCO (2018), “La iniciación en la fe y en la vida cristiana de quienes se incorporan a la comunidad eclesial”, en: FABRIZIO MERONI - ANASTASIO GIL (Coords.), *La misión, futuro de la Iglesia. Missio ad-inter gentes*, Madrid, PPC, 195-123.

Catecumenado bautismal no solo ha sido recibido como el medio ordinario para formar en la fe a los que todavía no han sido bautizados, sino que la Iglesia también ha querido que sea inspiración de la catequesis de aquellos que, habiendo sido bautizados, todavía no viven cristianamente⁶⁴. A partir de la referencia al Catecumenado bautismal, catequesis y liturgia, iniciación en la fe e iniciación sacramental, vida de comunidad y participación en la misión, confesión de fe y bautismo..., van de la mano. No se puede pensar una educación cristiana que no integre la recepción de los sacramentos de la iniciación cristiana (bautismo, confirmación y eucaristía); pero tampoco se puede concebir la recepción de estos sacramentos sin confesar de corazón la fe en Jesucristo, Hijo del Padre y Salvador de los hombres e intentar hacer vida el don del Espíritu recibido en el Bautismo. En este contexto, la Santa Infancia ayuda al niño a integrar con naturalidad “fe”, “vida según la fe” y “profesión de esa fe”, como tres ángulos de un triángulo que define la vida y el testimonio cristianos⁶⁵.

Infancia Misionera tiene una responsabilidad iniciática fundamental. Muchos niños acceden a la fe y llegan a ser cristianos por su medio. En ocasiones, es en la Obra donde escuchan hablar de Jesús por vez primera —al menos, fuera de su entorno familiar—; en ella se reúnen con los que desean ser discípulos suyos; en la Escuela de Jesús se inician en los misterios del reino de Dios; con Jesús se reconocen hijos de Dios y hermanos de todos; al participar de la comunidad

⁶⁴ Valga como referencia el último documento de la Santa Sede, cf. CONSEJO PONTIFICIO PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN (2020), *Directorio para la Catequesis* (23-III-2020), 61-65.

⁶⁵ CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium* (21-XI-1964) 35.

cristiana, aprenden la vida propia de los cristianos y se sienten partícipes de la misión eclesial... Según las directrices de la Iglesia, el Catecumenado bautismal o, en su caso, la catequesis de inspiración catecumenal, posee un carácter referencial en todo proceso de iniciación y formativo de la fe. La Obra de la Infancia Misionera debe empeñarse en que, en contacto con la comunidad eclesial inmediata, esta referencia sea efectiva en la actividad educadora que lleva con sus miembros. La pedagogía iniciática, que va implícita en el Catecumenado, facilitará que los niños y adolescentes asuman los dones que les otorgan los sacramentos de Iniciación; les ayuda a identificarse vitalmente con Jesús, el Hijo de Dios; y les ofrece los medios para insertarse en la comunidad eclesial y dar testimonio cristiano entre aquellos con los que conviven, con una apertura a una posible vocación misionera específica.

2.2.- *Discípulos misioneros*

La Obra de la Santa Infancia nació en la mente de su fundador como un servicio a la misión de la Iglesia. Las circunstancias de su nacimiento y su encuadramiento en las Obras Misionales Pontificias pueden llevar a pensar que la formación que en ella se imparte, orientada a la misión, es una cuestión sectorial, en cierto modo, optativa para el resto de los niños y adolescentes cristianos. El razonamiento sería así de simple: las comunidades cristianas forman a sus miembros más jóvenes para ser cristianos, para que confiesen a Jesucristo como su Salvador y Señor y lleven una vida acorde con la fe; la Infancia Misionera, dando esta formación cristiana por

supuesta y circunscribiéndose a su encargo dentro de la Iglesia, centraría su atención en motivar, animar y acompañar a los niños y adolescentes de cara a la misión. Como se puede observar, este modo de ver las cosas hace que la “misionariedad”, propia de la fe cristiana, no quede bien enraizada en la dinámica de la iniciación cristiana ni aparezca con claridad que es una dimensión constitutiva del ser discípulo de Jesucristo, el Apóstol del Padre. Un texto del papa Francisco nos orienta en otro sentido:

“En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19) [...] Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos ‘discípulos’ y ‘misioneros’, sino que somos siempre ‘discípulos misioneros’”⁶⁶.

La implicación en la misión de la Iglesia por parte de los discípulos de Jesucristo no es optativa. Ellos, en virtud del bautismo, han sido injertados en quien es su Maestro y Señor y se han convertido en discípulos misioneros suyos. Así pues, no hay dos momentos: primero discípulos, después misioneros. Tampoco dos formaciones: una para ser cristianos, otra para ser misioneros. En razón de la fe en Jesucristo —que es a un tiempo hijo del Padre y enviado suyo en favor de los hombres—, los cristianos son, en una misma dinámica, hijos en el Hijo y enviados a los hermanos para dar testimonio del amor del Padre. Nuevamente, la fe y la gracia bautismal son la fuente

⁶⁶ FRANCISCO (2013), *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium* (24-XI-2013), 120.

de este dinamismo unitario, y es profundizando en ellas como la iniciación cristiana integra lo que muchas veces aparece como una falsa alternativa.

Para favorecer la articulación del discipulado y la misionalidad en la formación de los niños y adolescentes, la Obra de la Infancia Misionera promoverá una colaboración estrecha con los Secretariados o Delegaciones que en las diversas diócesis tienen la responsabilidad de iniciar en la fe a sus miembros más pequeños⁶⁷. Esta colaboración favorecerá que los procesos iniciáticos, propios del Catecumenado o de una catequesis de inspiración catecumenal, contemplen no solo la dimensión misionera esencial a la fe cristiana, sino la atención a la misión de la Iglesia más allá de los límites diocesanos. Y, al mismo tiempo, permitirá a la Obra enraizar su labor formativa y su servicio a la misión en los procesos por los que las diócesis engendran en la fe a los niños y adolescentes.

3.- La contribución a la misión de los niños y adolescentes de Infancia Misionera

La Santa Infancia o Infancia Misionera es una de las Obras Pontificias y, al igual que sus hermanas, busca favorecer la participación de sus miembros en la misión evangelizadora

⁶⁷ Aquí concretamos lo que se dice en el *Estatuto* de OMP: “Bien sea utilizando medios propios, bien sirviéndose de las estructuras ya existentes en la catequesis, la POSI ha de integrarse siempre en la pastoral de conjunto para la educación cristiana, a la cual aporta la dimensión misionera” (CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, *Estatuto de las Obras Misionales Pontificias* (2005), Parte II, Normas, n.º 14).

de la Iglesia promoviendo entre ellos unas acciones sencillas. Esta sencillez es —como subraya el papa Francisco— un rasgo característico de las cuatro Obras:

*“Las Obras Misionales, desde el principio, avanzaron sobre dos ‘binarios’ o, mejor dicho, sobre dos vías que van siempre paralelas y que, en su sencillez, han sido siempre familiares al corazón del Pueblo de Dios: la oración y la caridad, en la forma de limosna, que ‘libra de la muerte y purifica del pecado’ (Tb 12,9), el ‘amor intenso’ que ‘tapa multitud de pecados’ (cf. 1 P 4,8)”*⁶⁸.

En efecto, esta sencillez en los medios es justamente lo que animó a Mons. de Forbin-Janson a incorporar a los niños a la misión eclesial no solo como destinatarios de la misma, sino como sujetos activos⁶⁹. De este modo, ajustándose a su edad así como a sus fuerzas, el obispo de Nancy propuso a los niños participar en la misión de rescate que se llevaba a cabo en lejanas tierras⁷⁰. Les pedía que ofrecieran una oración diaria, que sacrificaran algún gusto para poder ahorrar, aunque solo fuera un céntimo, y que contribuyeran con una cuota mensual para poder cubrir las necesidades espirituales y materiales de sus hermanos necesitados. El mejor antídoto para no reducir la Obra de la Infancia Misionera a una mera asociación de ayuda

⁶⁸ Cf. FRANCISCO, *Mensaje a las Obras Misionales Pontificias* (21-V-2020).

⁶⁹ Cf. RAFAEL SANTOS BARBA (2017), 681-682.

⁷⁰ Aquí conviene recordar la afirmación del Concilio: “También los niños tienen una actividad apostólica propia. Según su capacidad, son verdaderos testigos vivientes de Cristo entre sus compañeros” (CONCILIO VATICANO II, *Decreto sobre el apostolado de los laicos* *Apostolicam actuositatem* [18-XI-1965] 12d). Con más de un siglo de antelación a esta declaración, la Santa Infancia ofreció un cauce concreto para la actividad apostólica propia de los niños.

humanitaria es comprender el valor que tienen estos tres elementos y observar su articulación interna⁷¹. Más aún, esta misma comprensión facilitará que los niños y adolescentes puedan vivir estos tres signos como caminos concretos por los que ejercer y desarrollar su espíritu misionero y avanzar en la senda de la santidad.

3.1.- La oración

No cabe duda de que la oración diaria por las misiones es mucho más que un acto piadoso. Tiene un significado extraordinario y es, justamente, lo que infunde el espíritu evangelizador a la participación de los niños y adolescentes en la Obra. Los niños se sienten unidos a Jesús por la fe. En Él y con Él se reconocen hijos de Dios Padre y hermanos de todos los hombres. Su vinculación con Cristo les ha hecho apasionarse por la misión que ha recibido del Padre. Desean colaborar con Él en reunir a toda la humanidad en una sola familia y que el reino de Dios se establezca en la tierra. Pero los pequeños saben que la mayoría de los niños del mundo todavía no conocen a Jesús y que su misión de reunir a la familia de Dios está lejos de ser una realidad. También son conocedores de que el reinado de Dios es rechazado, lo cual produce muchas injusticias y sufrimiento por doquier. Las condiciones en las que vive gran parte de la humanidad no son propias de la dignidad humana. La mayoría de los hombres no conocen que son hijos de Dios ni se tratan como hermanos.

⁷¹ Cf. R. TREMARELLI (2018), “Los niños en el mundo”: *Misiones extranjeras* 283, 283-289.

Los niños y adolescentes de Infancia Misionera son capaces de sentir con dolor ese gran contraste entre los planes de Dios y una humanidad que camina sin destino. Ellos son especialmente sensibles a la situación de injusticia de muchos niños del mundo⁷². Los animadores de la Obra les invitan a unirse a Jesús para, junto con Él, dirigirse al Padre y pedirle que obre su providencia y haga sentir su amor. En efecto, ante todo, la oración diaria actualiza la unión que, gracias al bautismo, los niños tienen con Jesús y les da un sentido espiritual de las cosas. Es a través de ella, que su fe se ilumina y la relación con Jesús se hace una realidad viva, cotidiana. Los pequeños hablan con Jesús, tratan de “sus cosas” con él pero poco a poco aprenden que “los asuntos del Padre de Jesús” también son suyos. Más aún, al hablar con Jesús no tendrán miedo a hablar de Jesús con otros e incluso les será fácil el modo de hacerlo. La oración es la fuente de la misionalidad.

A partir de esta comunión con su Hermano mayor, el Hijo del Padre, y conocedores de que sus capacidades y las de

⁷² Con motivo del 150 aniversario de la fundación de la Obra de la Santa Infancia, san Juan Pablo II hizo una enumeración de las nuevas calamidades que padecen actualmente los niños. “Inmensas desgracias nos llevan a lanzar un grito de alarma. ¿Dónde está el Amor para aquellos a los que se les niega el derecho a vivir?, ¿para aquellos a los que se les mata, se les mutila o se les encierra porque están errantes en las ciudades?, ¿para aquellos, muy jóvenes, que se les explota en los trabajos forzados o en el comercio de la perversión? ¿para aquellas familias arrojadas en las rutas del exilio?, ¿para aquellos que son forzados a llevar armas? ¿Dónde está el Amor para aquellos que se les deja sin educación escolar y que se les condena al analfabetismo? ¿Dónde está el Amor para aquellos cuyas familias están destruidas o dislocadas? ¿Qué esperanza pueden esperar los niños encerrados en el materialismo, privados del despertar y de la iniciación a la vida moral y religiosa?” (JUAN PABLO II, *Discurso a los Directores de OMP con ocasión del 150 aniversario de la institución de la Obra Pontificia de la Infancia Misionera* [6-V-1993] 4).

la Iglesia son limitadas para afrontar los retos de la misión, dirigen sus suplicas con fe a la espera de que sea el mismo Dios el que realice su obra. La oración cotidiana —así vivida— tiene el poder de transformar los sentimientos de indignación y solidaridad que puedan sentir los niños en una expresión de confianza en un Dios que, tal como lo manifestó en la Pascua de Jesús, nunca abandona a sus hijos. La práctica de la oración, en último extremo, ayuda a los niños a esperar todo de la gracia divina.

3.2.- La limosna

La limosna es el segundo camino por el que los niños y adolescentes pueden avanzar en el espíritu misionero. De hecho, para ellos ha de suponer un modo muy concreto de expresar su grado de implicación en la misión de la Iglesia y de ejercer el amor fraterno en favor de sus hermanos de lejanas tierras. Esta perspectiva debe trabajarse permanentemente, pues, en torno a la limosna, existe la tentación de reducir su significado a una simple colaboración económica o, si se quiere, a un mero gesto de solidaridad. En realidad, más allá del valor monetario de la aportación, la limosna de los niños y adolescentes tiene un componente simbólico, cuasi-sacramental. En cierto modo, es una extensión de su oración, el modo de concretar y autenticar esos sentimientos compasivos y fraternos que han cultivado junto a Jesús y han dirigido al Padre para que actúe providentemente⁷³. Ellos ofrecen su

⁷³ Cf. JUAN PABLO II, *Carta encíclica Redemptoris Missio* (7-XII-1990) 81b.

pequeña aportación —sus cinco panes y dos peces—, para que la Iglesia los lleve allí donde hace falta, a la espera de que la Misericordia divina los multiplique y puedan cubrir las necesidades de sus hermanos. Así, nacida de los deseos de fraternidad desarrollados en la oración, la aportación económica es el medio concreto por el que los niños y adolescentes pueden contribuir a que Dios pueda reunir a su familia en torno a su Hijo Jesús.

En la lógica de la Infancia Misionera, la contribución económica de los niños supone un grado de complicidad con el propio Dios, que resulta significativa y modélica para toda la Iglesia. Como hemos visto más arriba, el propio Mons. de Forbin-Janson lo puso de relieve. Las modestas aportaciones de los niños son efectivas, no tanto por la cuantía del montante final, sino porque, unidas a la oración, mueven a Dios a proveer misericordiosamente en favor de sus hijos necesitados. Así, los niños evidencian que los frutos misioneros nunca se logran por el esfuerzo de la Iglesia, sino que, sea cual sea la contribución de las comunidades cristianas, siempre los han de recibir de las manos de Dios. Pero a la vez, Dios ha querido contar con la aportación de los niños —y de la Iglesia, en general— para que no permanezcan indiferentes a la marcha del mundo, se sientan interpelados por la situación de sus semejantes, se impliquen en su proyecto salvador y colaboren con él, según sus posibilidades.

3.3.- El estilo de vida cristiano

El tercer camino para que los niños crezcan en espíritu misionero y se impliquen en la misión es el estilo de vida

cristiano. Con esta fórmula se quiere recoger y renovar lo que va incluido en la expresión clásica del “sacrificio por las misiones”. La Obra de la Santa Infancia nació con una vocación generalista. Desde un primer momento, no solo se implicaron niños de familias nobles y de la burguesía: también lo hicieron los hijos de familias humildes, incluso niños de los asilos regentados por religiosas y religiosos⁷⁴. Todos tenían el compromiso de aportar “una *cuota igual y módica* para que esté al alcance del pobre, dando a este el consuelo, y al rico el honor de esta Asociación y de esta igualdad de sacrificios”⁷⁵. Para muchos niños, la aportación de esta cuota suponía renunciaciones y sacrificios, cosa que hacían como expresión de su amor y fraternidad hacia sus hermanos más necesitados. En este sentido, a los niños de familias acomodadas se les pedía una contribución extraordinaria que debían aportar en la colecta anual. El criterio último no era recaudar más dinero, sino expresar una mayor identificación con sus hermanos pobres de aquí y de allá. En cualquier caso, la limosna llevaba consigo unos sacrificios, es decir, que los niños hicieran renuncia de algo propio⁷⁶ y, en cierto modo, se entregaran a sí mismos en el donativo que daban. Renuncia, entrega y cuota iban de la mano.

Así es, los niños y adolescentes gozan de la amistad con Jesús, el Niño-Hijo de Dios; unidos a Él, en la oración tratan

⁷⁴ En este sentido, el obispo de Nancy cuenta una anécdota de cómo unos jóvenes faltos de recursos económicos pudieron “suplir la falta de dinero con el trabajo manual activo y asiduo de dos días de vacaciones” (FORBIN-JANSON [1844], 128 [nota 1]).

⁷⁵ Cf. FORBIN-JANSON (1844), 130.

⁷⁶ El fundador de la Santa Infancia habla de “inspirarles el desapego del lujo”; cf. FORBIN-JANSON (1844), 128.

con el Padre común y tienen presentes a sus hermanos de lejanas tierras, con sus necesidades espirituales y materiales. Toman conciencia de los diferentes modos de vida que existen entre ellos y sus hermanos. Los testimonios de vida que reciben de ellos se lo hacen notar y les sirve de estímulo. En cierto modo, y movidos por sentimientos de piedad y fraternidad, quieren emular al Hijo de Dios en su encarnación. Desean parecerse a Jesús, renunciar a algo propio para que sus hermanos se sepan queridos y acompañados. Es el dinamismo del amor. De aquí surge un nuevo estilo de vida que pasa por parecerse lo más posible a Jesús, ir poco a poco sintiendo como Él, pensando como Él, actuando como Él, comprometiéndose como Él en el anuncio del Evangelio y en el servicio del reino de Dios⁷⁷.

Desde un inicio, la Obra de la Infancia Misionera ayuda a los niños y adolescentes asociados a descubrir que su intimidad con Jesús es una intimidad itinerante y que la comunión con Él se configura como comunión misionera⁷⁸. Dicho en otros términos, que el espíritu misionero crece y se fortalece siendo discípulo de Jesús, y, a la vez, se es verdadero discípulo cuando, con Jesús, se participa en la misión de dar testimonio del amor del Padre a aquellos que padecen su ausencia y no le conocen.

⁷⁷ Cf. JUAN PABLO II (1979), *Exhortación apostólica* Catechesi Tradendae (16-X-1979), 20; también, CONSEJO PONTIFICIO PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN (2020), *Directorio para la Catequesis*, 75-78.

⁷⁸ Cf. FRANCISCO (2013), *Exhortación apostólica* Evangelii Gaudium, 23.

4.- La infancia espiritual, espiritualidad propia de los animadores de la Infancia misionera

Tal y como hemos observado, la Obra de la Infancia Misionera está alentada por una iniciativa carismática propia, que reverdece en la medida en que está enraizada en el carisma misionero común de las Obras Misionales Pontificias. Este aliento carismático —auténtico don del Espíritu— justamente lo da su referencia a la Santa Infancia. Jesús, el Niño-Hijo de Dios, manifiesta que los valores propios de la infancia no solo han sido asumidos en su encarnación, sino que han sido desarrollados a lo largo de su vida como el modo apropiado de responder filialmente al amor del Padre y de hacer entrega fraterna de sí a los hombres, sus hermanos. Desde esta perspectiva, el carisma que define la Santa Infancia no atañe solo a los niños y adolescentes: también es referencia y fuente de espiritualidad para todos aquellos —animadores, sacerdotes, catequistas, padres...— que les acompañan en su itinerario de maduración en la fe y compromiso misionero.

4.1.- Llamados a caminar por las sendas de la infancia espiritual

El animador de la Santa Infancia debe considerar que aquellas palabras que Jesús dirigió a sus discípulos tienen para él una especial prevalencia y significado: “de los que son como ellos [los niños] es el reino de los cielos” (Mt 19,14b); “en verdad os digo que, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 18,3). La condición

de Jesús es firme: es preciso hacerse “como un niño” para entrar en el Reino que Dios quiere entregar como gracia. Sin embargo, ¿cómo poder ser un niño cuando la experiencia de la vida, la edad, el engruimiento, la decepción... han dejado sus huellas? Sería caricaturizar las palabras de Jesús si se pensara que a los discípulos se les pide infantilizarse y hacer una regresión al comportamiento y a la debilidad de la edad infantil⁷⁹.

Jesús indica con claridad la verdadera condición para hacerse “como niños”: convertirse. Es decir, dejar la propia autosuficiencia, cualquier atisbo de orgullo y justificación — incluso en nombre de Dios— y mirarle a Él, vivir en su presencia, abrirse a su gracia, someterse a su voluntad...; en pocas palabras, hacerse niños que esperan todo de quien saben que les ama. No cabe duda de que la convivencia que los animadores tienen con los niños y adolescentes de la Obra les ayudará a detectar en ellos esas actitudes innatas que les hacen destinatarios privilegiados de los favores divinos, y el trabajo educativo que realicen con ellos favorecerá que esas actitudes se esculpan en su propia vida. El mismo trabajo pastoral, siempre que se inspire en el Evangelio y se viva como un verdadero servicio a Dios y a los hermanos, es fuente de gracia para quien lo realiza.

Sin embargo, en la Iglesia hay un camino espiritual que le es muy familiar a la Obra de la Santa Infancia: la “infancia espiritual”. En efecto, Mons. de Forbin-Janson participa de una

⁷⁹ Cf. BENEDICTO XV (1921), “Discurso sobre el Decreto que reconoce las virtudes heroicas de santa Teresa del Niño Jesús” (14-VIII-1921): AAS 13, 449-452. Este texto, en el que se habla por primera vez de “infancia espiritual”, resulta muy aleccionador para lo que diremos más adelante.

corriente espiritual que, desde la primera mitad del siglo XVI, estaba muy enraizada en su Francia natal: la devoción a la Infancia de Jesús⁸⁰. Pues bien: esta devoción, que inspirará el nombre de la obra por él creada, dio su fruto más granado en santa Teresa del Niño Jesús. La pequeña Teresa Martín, a los 9 años (el 12-I-1882), fue inscrita en la Santa Infancia. La devoción a la Infancia de Jesús —como lo demuestra su nombre de religión—, junto con el aliento misionero que recibió de la Obra creada por el Obispo de Nancy, cristalizaron en esta santa carmelitana en un “pequeño camino”: la infancia espiritual.

Este “caminito” ha sido reconocido y promovido constantemente por los sucesivos papas y ha sido propuesto al conjunto del Pueblo de Dios como un vía segura y fácil para avanzar por la senda de la santidad. Pero además, esta propuesta posee un especial significado para la actividad misionera de la Iglesia. En 1927, Pío XI, el “Papa de las Misiones”, proclamó a santa Teresa del Niño Jesús, junto con san Francisco Javier, Patrona de las Misiones⁸¹. Y en los *Estatutos* de la Santa Infancia de 1950, tras indicarse que el “Patrono y Ejemplar” de esta Obra es el Niño Jesús, ella aparece entre los santos patronos de la Obra, a continuación de la Santísima Virgen María y san José⁸². De este modo, puede decirse que el camino de la infancia espiritual es, para los animadores y demás colaboradores de la Infancia Misionera, no solo un medio que el Espíritu ha suscitado para facilitar el

⁸⁰ Cf. PONTIFICIUM OPUS A SANCTA INFANTIA (2008), *Infancia Misionera, Historia y carisma*, 24-29.

⁸¹ Cf. Pío XI (1928), *Decreto* (14-XII-1927): AAS 20, 147s.

⁸² OBRA PONTIFICIA DE LA SANTA INFANCIA (1950), *Estatutos de la Obra*, Artículo III: Santos Patronos de la Obra.

acompañamiento de los niños y adolescentes implicados en la Obra, sino también la senda por la que ellos mismos son introducidos en los secretos del Reino y avanzan en su vocación a la santidad.

4.2.- Algunos elementos de la infancia espiritual

No resulta fácil resumir los elementos nucleares que articulan el “pequeño camino de la infancia espiritual”. Sería necesario acercarnos con dedicación y atención a los escritos de santa Teresa del Niño Jesús; incluso necesitaríamos el auxilio de algún comentario para penetrar en el sentido de sus textos y la conexión que tienen con su propio itinerario vital. Sin embargo, un documento magisterial de san Juan Pablo II, la Carta apostólica por la que es declarada Doctora de la Iglesia⁸³, nos ayuda a un primer acercamiento y nos ofrece alguna clave para iniciar la lectura directa de la obra de esta maestra de vida espiritual y misionera.

A pesar de que su modo de expresarse esté condicionado por su educación y la cultura de su época, no cabe duda de que “Teresa se presenta como una auténtica maestra de la fe y de la vida cristiana”⁸⁴. Agraciada por Dios, sus escritos son capaces de abrir los caminos que nos introducen en el Misterio mismo de Dios Amor, del Dios Trinidad, y desde ahí, unidos a su hijo Jesús, vernos volcados a

⁸³ JUAN PABLO II (1998), *Carta apostólica* Divini amoris scientia, con la que se declara doctora de la Iglesia universal a Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz (19-X-1997): AAS 90, 930-944.

⁸⁴ *Ibidem*, 8a.

ser sus misioneros en favor de la humanidad. Juan Pablo II lo expresa en los siguientes términos:

“En la cima, como manantial y término, el amor misericordioso de las tres divinas Personas, como ella lo expresa, especialmente en su Acto de consagración al Amor misericordioso. Por parte del sujeto, en la base se halla la experiencia de ser hijos adoptivos del Padre en Jesús; ese es el sentido más auténtico de la infancia espiritual, es decir, la experiencia de la filiación divina bajo el impulso del Espíritu Santo. También en la base, y ante nosotros, está el prójimo, los demás, en cuya salvación debemos colaborar con Jesús y en él, con su mismo amor misericordioso”⁸⁵.

En efecto, en Teresa todo fluye del amor misericordioso del Dios Trinidad y todo va a desembocar en él. Bajo el impulso del Espíritu Santo, ella se ha sentido unida a Jesús, el Hijo de Dios, se ha reconocido hija adoptiva del Padre y ha hecho la experiencia de la filiación divina. Este es el sentido más auténtico de la infancia espiritual, que en realidad se define como un camino por el que se avanza en el espíritu de filiación. Pero la unión con Jesús, junto con la experiencia de la misericordia del Padre, la han llevado a colaborar con Él y en Él para que ese amor alcance a todos los hombres —ya sea los que están cerca como los que están lejos—, porque todos son reconocidos como hermanos.

Este misterio del amor de Dios, no conocido desde fuera ni afirmado teóricamente, sino vivido desde la intimidad que da participar de la filiación divina de Jesús, es el

⁸⁵ *Ibidem*, 8e.

fundamento que mueve toda la actividad de los animadores de la Infancia Misionera y, también, es el horizonte hacia al que acompañar a los niños de la Escuela de Jesús. El lema de la vida claustral de santa Teresita bien podría ser el lema que les animara a ellos: “amar a Jesús y hacerle amar”⁸⁶; o dicho en los términos de su *Ofrenda al amor misericordioso*: “¡Oh Dios mío, Trinidad santa!, yo quiero amarte y hacerte amar”⁸⁷.

Todo se expande desde este centro que constituye el amor de Dios desentrañado en el rostro desfigurado de Jesús — la Santa Faz, que Teresa del Niño Jesús añade a su nombre—. La propia Teresa lo experimenta en la tarea de acompañar las novicias a ella encomendadas. Por el caminito de la infancia espiritual “penetra cada vez más en el misterio de la Iglesia y, atraída por el amor de Cristo, siente crecer en sí misma la vocación apostólica y misionera, que la impulsa a llevar a todos hacia el encuentro con el Esposo divino”⁸⁸. Los animadores de la Infancia Misionera ven en el misterio de la Iglesia el lugar sacramental donde experimentar la comunión divina, y en su corazón eucarístico —donde late el amor de Jesucristo—, el impulso para hacer entrega de sí y para suscitar ese mismo deseo de entrega en los niños que tienen encomendados. ¡Qué bien comprendió Teresa que la vocación misionera nace en el corazón de la Iglesia! ¡Cómo descubrió que justamente su debilidad facilitaba el cumplimiento de esa vocación!:

⁸⁶ TERESA DE LISIEUX, “Carta 220, 2r”, en: *Obras completas*.

⁸⁷ TERESA DE LISIEUX, “Ofrenda de mí misma como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios”, en: *Obras completas*.

⁸⁸ JUAN PABLO II (1998), *Carta apostólica* *Divini amoris scientia*, 5d.

“Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé:
¡Jesús, amor mío..., al fin he encontrado mi vocación!
¡Mi vocación es el amor...!

No soy más que una niña, impotente y débil. Sin embargo, es precisamente mi debilidad lo que me da la audacia para ofrecirme como víctima a tu amor, ¡oh Jesús!”⁸⁹.

Confianza en el amor misericordioso de Dios y deseo de reproducir el carácter filial de Jesús: esto es lo que lleva a Teresa a devolver todo a Dios haciendo entrega de sí. Ella se ofrece como víctima de amor y así se pone en las manos del Padre para que Él pueda hacer su obra, no a pesar de su impotencia y debilidad, sino, precisamente, a través de eso que la constituye en un pobre instrumento. Para comprobar el alcance que tiene esta actitud teologal, resulta especialmente luminoso reproducir un texto de Benedicto XV, el primer Papa que cantó las excelencias de la infancia espiritual:

“La infancia espiritual está formada por la confianza en Dios y el ciego abandono en sus manos. No es inútil subrayar las cualidades de esta infancia espiritual, ya sea en lo que excluye o en lo que supone. Excluye, de hecho, el soberbio sentimiento de uno mismo, la presunción de poder alcanzar por medios humanos el

⁸⁹ TERESA DE LISIEUX, “Manuscrito B – IX, 3v”, en: *Obras completas*. Para penetrar en este dinamismo de entrega de amor, convendría atender a la recomendación que hace san Juan Pablo II: “en el Manuscrito C encontramos las páginas más hermosas, dedicadas al abandono confiado en las manos de Dios, a la unidad entre el amor a Dios y el amor al prójimo, y a su vocación misionera en la Iglesia” (JUAN PABLO II [1998], *Carta apostólica* Divini amoris scientia, 6d).

fin sobrenatural y la vana voluntad de querer ser autosuficiente a la hora del peligro y de la tentación. Por otro lado, supone una fe viva en la existencia de Dios, un reconocimiento concreto a su poder y misericordia, un recurso confiado a la Providencia de Aquel que nos concede la gracia de evitar todo mal y de obtener todo bien [...] Es preciso concluir que el divino Maestro insiste expresamente en que sus discípulos vean, en la infancia espiritual, la condición necesaria para obtener la vida eterna”⁹⁰.

A pesar de los años, este texto posee un evidente valor para los animadores de la Obra de la Santa Infancia. Es una invitación a adquirir un estilo de vida que, al tiempo que manifiesta su confianza en el amor misericordioso de Dios Trinidad, crea las disposiciones para ser verdaderamente misioneros; es decir, para dejar que Dios universalice la obra salvadora cumplida por su Hijo Jesús en favor de todos los hombres. Si los animadores y demás colaboradores de la Infancia Misionera viven con esta actitud, no cabe duda de que serán verdaderos testigos ante los niños que participan en la Obra y estímulo para que también ellos se impliquen en la misión eclesial.

⁹⁰ Cf. BENEDICTO XV (1921), “Discurso sobre el Decreto que reconoce las virtudes heroicas de santa Teresa del Niño Jesús” (14-VIII-1921): AAS 13, 449-452.

Conclusión

Terminamos nuestro recorrido por la historia, el carisma y la espiritualidad de la Obra de la Infancia Misionera con una cita de san Juan Pablo II. La ocasión del texto es una visita del Papa polaco al Carmelo de Lisieux. El párrafo que traemos al final de nuestra exposición posee una indudable densidad teológica, pero tiene la virtud de sintetizar el núcleo esencial de todo lo que hemos expuesto. En efecto, a la luz de la vida y obra de santa Teresa de Lisieux, pone en relación niñez, infancia espiritual y participación en la misión, en la Misión de la Santa Trinidad en favor de la humanidad⁹¹:

“Tener confianza en Dios como Teresa de Lisieux quiere decir seguir el ‘caminito’ por el que nos guía el Espíritu de Dios: Él guía siempre hacia la grandeza en la que participan los hijos e hijas de la adopción divina. Siendo niño todavía, un niño de doce años, el Hijo de Dios dijo que su vocación era ocuparse de las cosas de su Padre (cf. Lc 2,49). Ser niño, hacerse como un niño, quiere decir entrar en el mismo centro de la más grande misión a la que el hombre es llamado por Cristo, una misión que penetra el corazón mismo del hombre. Teresa lo sabía perfectamente. Esta misión tiene su origen en el amor eterno del Padre. El Hijo de Dios como hombre, de una manera visible e ‘histórica’, y el

⁹¹ JUAN PABLO II (1980), *Homilía en la Basílica de Santa Teresita del Niño Jesús en Lisieux* (2-VI-1980) 3.

Espíritu Santo, de manera invisible y ‘carismática’, lo realizan en la historia de la humanidad.

Cuando, *en el momento de abandonar el mundo*, Cristo dice a los Apóstoles: ‘Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura’ (Mc 16,15), por la fuerza de su misterio pascual, los inserta *en la gran corriente de la misión eterna*. A partir del momento en que los dejó para ir hacia el Padre, comienza al mismo tiempo a venir ‘de nuevo en la potencia del Espíritu Santo’ que el Padre envía en su nombre. El Concilio Vaticano II ha puesto de relieve esta verdad en la conciencia de nuestra generación más profundamente que todas las otras verdades sobre la Iglesia. Gracias a ello todos nosotros hemos comprendido mejor que *la Iglesia* está constantemente ‘*en estado de misión*’, lo cual quiere decir que toda la Iglesia es misionera. También hemos comprendido mejor *este misterio particular del corazón* de Teresita de Lisieux, la cual, a través de su ‘caminito’, fue llamada a participar en la más elevada misión de manera tan plena y tan fructuosa. Precisamente esta ‘pequeñez’ que tanto amaba, la pequeñez del niño, le abrió generosamente toda la grandeza de la misión divina de la salvación, que es la misión eterna de la Iglesia.”

Autores

Juan Carlos Carvajal Blanco (Carriches, Toledo, 1961) es sacerdote de la Diócesis de Madrid. Es diplomado en Magisterio, licenciado en Teología catequética y doctor en Teología sistemática. Es profesor de la Facultad de Teología de la Universidad Eclesiástica San Dámaso, coordinador del Departamento de Teología de la Evangelización y Catequesis y director de la Revista Teología y Catequesis. Ha escrito diversos libros y colabora con diversas revistas de índole pastoral y catequética. Está especialmente empeñado en alentar una acción misionera directa, promover una catequesis iniciática y en orientar una acción catequizadora que introduzca en la experiencia espiritual del Misterio cristiano.

Rafael Santos Barba (Madrid, 1968) es filólogo y editor, lleva casi 20 años trabajando en la Dirección Nacional de las Obras Misionales Pontificias en España, de cuya revista de pastoral misionera, *Illuminare*, es director desde 2013. Participó en la elaboración de tres volúmenes recopilatorios del Magisterio Pontificio contemporáneo sobre las misiones (BAC, 2008, 2011 y 2014) y ha escrito apartados de los libros *Obras Misionales Pontificias. Carisma y misión* (Edice, 2011), *De la fe a la misión* (BAC, 2013), *Llamados a la misión* (BAC, 2014), y *Los carteles del Domund. 1941-2015* (PPC, 2015). También ha publicado artículos en diversas revistas misionales y ha sido ponente en encuentros de OMP España.



Monseñor Charles de Forbin-Janson
(1785 - 1844)
Fundador de la Obra de la Santa Infancia

